

Elena G. de White

Fe y obras

Compilación:
RECURSOS ESCUELA SABATICA ©

Prefacio

Con el sostenido interés en las grandes verdades vitales de la justificación por la fe y la santificación, puede ser apropiado prestar atención adicional a la forma como la mensajera del Señor las expuso a lo largo de los años. [7.1]

A fin de ofrecer este panorama de sus enseñanzas, los Fideicomisarios del Patrimonio White han reunido aquí 18 lecturas, que comienzan en 1881 y se extienden hasta 1902, dispuestas meramente en orden cronológico. Sus sermones y artículos consistentemente delinean las verdades básicas de la salvación como se formulan en la Ley y el Evangelio -los publicados en la *Review and Herald* para la Iglesia, y los de *Signs of the Times* apropiados, al mismo tiempo, para el mundo. Como introducción a los diversos artículos seleccionados, se incluye una declaración decisiva archivada como Manuscrito 36, 1890, que fue escrita en el crítico período que siguió a las sesiones de la Asociación General celebradas en 1888, cuando, como ella lo describió en otra parte, el pueblo adventista estaba en “gran peligro de adoptar posiciones falsas” sobre “fe y obras” (Manuscrito 23, 1891). En un manuscrito sin título de 1890, ella estableció en términos inequívocos los pilares para la clarificación de los temas en consideración. [7.2]

Si bien Elena de White con frecuencia recorre los mismos senderos al tratar en diferentes momentos estas verdades vitales, se obtienen valiosas ideas leyendo sus sermones, artículos y manuscritos en su orden natural. Cada uno constituye una presentación equilibrada de la materia, pero a menudo con un énfasis distintivo. Muchas de las lecturas aparecen completas, mientras que otras, por razones de espacio, fueron acortadas para incluir sólo la parte -generalmente, la mayor parte- relacionada con la fe y las obras. Los subtítulos, y en una cantidad de casos los títulos de capítulos, han sido añadidos por los compiladores. Estos no han intentado ser exhaustivos. Los libros de la Sra. White y muchos de sus sermones y artículos versan sobre estas verdades vitales. Cualquiera que exa-

mine estas lecturas comprenderá claramente la importancia que este tema tiene para cada cristiano. También observará la posición coherente de quien fue especialmente guiada por el Señor para anunciar las verdades expuestas en los artículos que se publican a continuación. [7.3]

El plan para la salvación de la humanidad perdida se basa en la aceptación por parte del hombre, solamente por fe, de la muerte sustitutiva de Cristo. Esta lección fue enseñada junto al portal del Edén, cuando Adán y sus descendientes mataron el cordero del sacrificio. Fue enseñada en el desierto, cuando Moisés levantó la serpiente de bronce y la gente con el veneno de las ponzoñosas serpientes en sus venas fue sanada al mirar con fe el símbolo salvador. Fue enseñada mediante el sistema de sacrificios dado a Israel. Fue enseñada por profetas y apóstoles. Una y otra vez se nos enseña que la salvación es por gracia mediante la fe, y al mismo tiempo se nos lleva a comprender que: [8.1]

La verdadera fe, mientras confía plenamente en Cristo para la salvación, conducirá a una perfecta conformidad con la ley de Dios. La fe se manifiesta por las obras (*Review and Herald*, 5 de octubre de 1886). [8.2]

Este mensaje equilibrado se observará en los materiales que contiene este librito, seleccionados en cierto modo al azar. [8.3]

A lo largo de las edades, y comenzando con Caín, el gran adversario se ha opuesto a la benévola provisión de Dios induciendo a los habitantes de la tierra a aceptar la proposición de que el hombre, que se convirtió en pecador por la violación de la ley de Dios, debe hacer méritos y ganar la salvación por sus propios actos, ya sea mortificando su cuerpo, sacrificando sus hijos a algún dios creado con sus propias manos, peregrinando a lugares tenidos por sagrados, cumpliendo penitencias, depositando dinero en las arcas de la iglesia, o simplemente por sí mismo mediante sus denodados esfuerzos en procura de vivir una vida buena y virtuosa. [9.1]

La sencilla experiencia de aceptar la salvación por fe a muchos les parece demasiado fácil, e incontables personas que pretenden ser seguidoras de Cristo virtualmente toman la posición de que la salvación es en parte por fe en la muerte de Cristo en el Calvario y en parte por el esfuerzo humano. [9.2]

Cuando los primeros adventistas del séptimo día entendieron las demandas de la inmutable ley de Dios, surgieron amenazadoras tendencias legalistas, y por un tiempo produjeron indeseables frutos en la experiencia de muchos. Pero el conocimiento de la ley de Dios lleva a abandonar el pecado y a vivir una vida pía y santificada. Este es el contexto de estas lecturas sobre fe y obras -lecturas sobre la Ley y el Evangelio. [9.3]

Casi a la mitad de las dos décadas representadas en este librito, se celebró en Minneapolis, Minnesota, el Congreso de 1888 de la Asociación General, precedido por una asamblea ministerial. En estas reuniones se pusieron de relieve las verdades básicas de la justificación por la fe. Elena de White las describió como un reavivamiento de verdades que en gran medida se habían perdido de vista. En el congreso ella no disertó sobre el tema. La carga de sus discursos fue que los asistentes debían mantener sus corazones abiertos para recibir luz de la Palabra de Dios como era presentada por los pastores E. J. Waggoner y A. T. Jones. La acogida que tuvo este nuevo énfasis fue variada. Algunos de los oyentes lo aceptaron gozosa y plenamente, y otros tomaron una posición neutral. Algunos lo rechazaron. Los registros muestran claramente que muchos salieron de ese congreso llevando consigo una experiencia nueva y gloriosa en Cristo Jesús. [9.4]

Mediante sermones predicados en las iglesias después de ese congreso, incluyendo muchos de Elena de White, y por medio de artículos de su pluma, los adventistas en general fueron guiados a una más clara comprensión y aceptación de la justificación por la fe. Muchos que al principio rechazaron el concepto presentado en Minneapolis, fueron llevados a aceptarlo. [10.1]

Las verdades básicas que entraña la doctrina de la justificación por la fe son tan sencillas que no se necesita un libro exhaustivo de E. G. de White para exponerlas. El tema tiñe muchos de sus libros, con ilustraciones escogidas que afloran acá y allá. Ella publicó en 1893 un folleto titulado *Justificados por fe*. Aparece en la sección de cincuenta páginas de *Mensajes selectos*, tomo 1, que lleva por título “Cristo, nuestra justicia”. Recomendamos la lectura de la sección entera. [10.2]

La experiencia de vivir al abrigo de la aceptación de la justicia de Cristo puede disfrutarse hoy y perderse mañana por negligencia o presunción. Es una experiencia personal de simple aceptación y confianza, y puede ser un poco frágil. Puede hacerse borrosa por disputas sobre menudos puntos teológicos. Elena de White observó: [10.3]

Muchos cometen el error de tratar de definir minuciosamente los detalles que distinguen a la justificación de la santificación. En las definiciones de estos dos términos con frecuencia introducen sus propias ideas y especulaciones. ¿Por qué tratar de ser más minuciosos que la Inspiración en la cuestión vital de la justificación por la fe? ¿Por qué tratar de resolver cada detalle, como si la salvación del alma dependiera de que todos entendiesen esta materia exactamente de la misma manera? No todos pueden tener el mismo punto de vista (Manuscrito 21, 1891; también en el *S. D. A. Bible Commentary* 6:1072. [10.4])

Que los diversos enfoques de las verdades aquí presentadas por la mensajera del Señor mantengan el tema vital de la justificación por la fe en forma clara, equilibrada y sencilla, es el anhelo de los editores y los [11.1]

Fideicomisarios del Patrimonio White
Washington, D. C., 7 de diciembre de 1978

Elena G. de White clarifica los temas

Manuscrito general escrito en 1890 cuando se celebraban las asambleas ministeriales en Battle Creek, archivado como Manuscrito 36, 1890 y publicado en la The Review and Herald, 24 de febrero y 3 de marzo de 1977. Esta vital exposición clarificadora constituye una introducción apropiada para las 18 presentaciones que se publican a continuación, ordenadas en secuencia cronológica.

Dijo el apóstol Pablo: “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios?... Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Corintios 6:9-11). La ausencia de devoción, piedad y santificación del hombre externo viene por la negación de Cristo Jesús nuestra justicia. El amor de Dios necesita ser constantemente cultivado... [12.1]

Mientras una clase pervierte la doctrina de la justificación por la fe y deja de cumplir con las condiciones formuladas en la Palabra de Dios -“Si me amáis, guardad mis mandamientos”-, igualmente cometen un error semejante los que pretenden creer y obedecer los mandamientos de Dios pero se colocan en oposición a los preciosos rayos de luz -nuevos para ellos- que se reflejan de la cruz del Calvario. La primera clase no ve las cosas maravillosas que tiene la ley de Dios para todos los que son hacedores de su Palabra. Los otros cavilan sobre trivialidades y descuidan las cuestiones de más peso -la misericordia y el amor de Dios. [12.2]

Muchos han perdido demasiado por no haber abierto los ojos de su entendimiento para discernir las cosas asombrosas de la ley

de Dios. Por un lado, los religiosos extremistas en general han divorciado la Ley del Evangelio, mientras nosotros, por el otro lado, casi hemos hecho lo mismo desde otro punto de vista. No hemos levantado delante de la gente la justicia de Cristo y el pleno significado de su gran plan de redención. Hemos dejado a un lado a Cristo y su incomparable amor, introduciendo teorías y razonamientos, y predicando discursos argumentativos. [12.3]

Hombres inconversos han ocupado los púlpitos para sermonear. Sus propios corazones nunca han experimentado, mediante una fe viva, persistente y confiada, la dulce evidencia del perdón de sus pecados. ¿Cómo pueden, entonces, predicar el amor, la simpatía, el perdón divino de todos los pecados? ¿Cómo pueden decir: “Mira y vive”? Al contemplar la cruz del Calvario, ustedes tendrán el deseo de cargar la cruz. El Redentor del mundo fue suspendido de la cruz del Calvario. Miren al Salvador del mundo, en quien habitaba toda la plenitud de la Divinidad corporalmente. ¿Puede alguien contemplar el sacrificio del amado Hijo de Dios sin que su corazón se ablande y quebrante, listo para rendir a Dios el corazón y el alma? [13.1]

Quede este punto completamente aclarado en cada mente: Si aceptamos a Cristo como Redentor, debemos aceptarlo como Soberano. No podemos tener la seguridad y perfecta confianza en Cristo como nuestro Salvador hasta que lo reconozcamos como nuestro Rey y seamos obedientes a sus mandamientos. Así demostramos nuestra lealtad a Dios. Entonces nuestra fe sonará genuina, porque es una fe que obra. Obra por amor. Digan de corazón: “Señor, creo que tú moriste para redimir mi alma. Si tú le has dado tal valor al alma como para ofrecer tu vida por la mía, yo voy a responder. Entrego mi vida y todas sus posibilidades, con toda mi debilidad, a tu cuidado”. [13.2]

La voluntad debe ser puesta en completa armonía con la voluntad de Dios. Cuando se ha hecho esto, ningún rayo de luz que brille en el corazón y en las cámaras de la mente será resistido. El alma no será obstruida con prejuicios que lleven a llamar tinieblas a la luz, y luz a las tinieblas. La luz del cielo es bien recibida, como una luz que llena todos los recintos del alma. Esto es entonar melodías a Dios. [14.1]

Fe e incredulidad

¿Cuánto creemos de corazón? Alléguese a Dios, y Dios se allegará a ustedes. Esto significa estar mucho con el Señor en oración. Cuando los que se han ejercitado a sí mismos en el escepticismo y han acariciado la incredulidad, tejiendo dudas en su experiencia, son convencidos por el Espíritu de Dios, comprenden que es su deber personal confesar su incredulidad. Abren sus corazones para aceptar la luz que se les ha enviado y cruzan por fe la línea que separa al pecado de la rectitud y a la duda de la fe. Se consagran sin reservas a Dios, para seguir la luz de Él en lugar de las chispas de su propia llama. Al mantener su consagración, percibirán mayor luz y la luz aumentará más y más en brillo hasta que el día sea perfecto. [14.2]

La incredulidad que se acaricia en el alma tiene un poder hechizante. Las semillas de duda que han estado sembrando producirán su fruto, pero deben continuar desenterrando toda raíz de incredulidad. Cuando estas plantas venenosas son arrancadas, dejan de crecer por falta de alimento en palabra y acción. El alma necesita que las preciosas plantas de la fe y el amor sean plantadas en el terreno del corazón y se entroniquen allí. [14.3]

Ideas confusas acerca de la salvación

¿Es posible que no entendamos que lo más costoso en el mundo es *el pecado*? Su costo es la pureza de conciencia, que se pierda el favor de Dios y que el alma se separe de Él, y finalmente la pérdida del cielo. El pecado de ofender al Santo Espíritu de Dios y de caminar en oposición a Él ha costado a demasiados la pérdida de su alma. [15.1]

¿Quién puede medir las responsabilidades de la influencia de cada agente humano a quien nuestro Redentor ha comprado mediante el sacrificio de su propia vida? ¿Qué escena se presentará cuando el juicio comience y los libros sean abiertos para testificar acerca de la salvación o la perdición de cada alma! Se requerirá la infalible decisión de Uno que ha vivido en humanidad, amado a la humanidad, dado su vida por la humanidad, para hacer la adjudicación final de las recompensas de los justos leales y el castigo de los desobedientes, los desleales e inicuos. Al Hijo de Dios se le

confía la definitiva calificación de la conducta y la responsabilidad de cada individuo. Para los que han sido partícipes de los pecados de otros hombres y han actuado contra la decisión de Dios, ha de ser una escena de la más terrible solemnidad. [15.2]

Una y otra vez me ha sido presentado el peligro de abrigar, como pueblo, ideas falsas sobre la justificación por la fe. Por años se me ha mostrado que Satanás trabajaría de una manera especial para confundir las mentes en este punto. La ley de Dios ha sido ampliamente tratada y presentada a las congregaciones casi tan desprovista del conocimiento de Cristo Jesús y su relación con la ley como la ofrenda de Caín. Se me ha mostrado que muchos no han llegado a la fe por causa de ideas mezcladas y confusas acerca de la salvación, porque los ministros han trabajado de una manera errónea para alcanzar los corazones. El punto que ha sido impreso por años en mi mente es la justicia imputada de Cristo. Me asombra que éste no se haya convertido en el tema de disertación en nuestras iglesias por todo el territorio, cuando de manera tan constante me ha sido presentado con insistencia, y lo he hecho el tema de casi cada discurso y plática que he dado a la gente. [15.3]

Al examinar mis escritos de hace quince y veinte años [hallo que] presentan el tema en la misma luz: que a quienes entran en la solemne y sagrada tarea del ministerio se los debería preparar, en primer lugar, con lecciones sobre las enseñanzas de Cristo y los apóstoles acerca de los principios vivientes de la piedad práctica. Deben ser instruidos en cuanto a qué constituye la fe ferviente y viva. [16.1]

Solamente por fe

Muchos hombres jóvenes que son enviados a la labor no entienden el plan de salvación ni qué es la verdadera conversión; en realidad, necesitan experimentar la conversión. Precisamos ser iluminados en este punto, y los ministros necesitan ser educados para explayarse más particularmente en los temas que explican la verdadera conversión. Todos los que son bautizados han de dar evidencia de que se han convertido. No hay un punto que precisa ser considerado con más fervor, repetido con más frecuencia o establecido con más firmeza en la mente de todos, que la imposibilidad de que el hombre caído haga mérito alguno por sus propias

obras, por buenas que éstas sean. La salvación es solamente por fe en Cristo Jesús. [16.2]

Cuando este asunto es considerado, nos duele el corazón al ver cuán triviales son las declaraciones de quienes deberían comprender el misterio de la piedad. Hablan tan descuidadamente de las reales ideas de nuestros hermanos que profesan creer la verdad y enseñar la verdad. Están tan lejos de los hechos reales, según han sido presentados delante de mí. El enemigo ha enredado de tal manera sus mentes en la niebla y bruma de la mundanalidad y ésta parece tan impregnada en su entendimiento que se ha vuelto parte de su fe y carácter. Solamente una nueva conversión puede transformarlos y motivarlos a que abandonen estas falsas ideas -porque es precisamente esto lo que se me ha mostrado que son. Se aferran a ellas como un hombre que se está ahogando lo hace a un salvavidas, para evitar hundirse y que su fe naufrague. [16.3]

Cristo me ha dado palabras que hablar: “Deben nacer de nuevo, o nunca entrarán en el reino de los cielos”. Por consiguiente, todos los que tienen una correcta comprensión de este tema deberían abandonar su espíritu de controversia y buscar al Señor con todo su corazón. Entonces hallarán a Cristo y podrán dar un carácter distintivo a su experiencia religiosa. Deberían poner claramente este asunto -la sencillez de la verdadera piedad- delante de la gente en cada discurso. Esto tocará las cuerdas del corazón de toda alma hambrienta y sedienta que anhela obtener la seguridad de la esperanza y la fe y la perfecta confianza en Dios mediante nuestro Señor Jesucristo. [17.1]

Sea hecho claro y manifiesto que no es posible mediante mérito de la criatura realizar cosa alguna en favor de nuestra posición delante de Dios o de la dádiva de Dios por nosotros. Si la fe y las obras pudieran comprar el don de la salvación, entonces el Creador estaría obligado ante la criatura. En este punto la falsedad tiene una oportunidad de ser aceptada como verdad. Si algún hombre puede merecer la salvación por algo que pueda hacer, entonces está en la misma posición del católico que cumple penitencia por sus pecados. La salvación, en tal caso, es en cierto modo una obligación, que puede ganarse como un sueldo. Si el hombre no puede, por ninguna de sus buenas obras, merecer la salvación, entonces ésta debe ser enteramente por gracia, recibida por el hombre como

pecador porque acepta y cree en Jesús. Es un don absolutamente gratuito. La justificación por la fe está más allá de controversias. Y toda esta controversia termina tan pronto como se establece el punto de que los méritos de las buenas obras del hombre caído nunca pueden procurarle la vida eterna. [17.2]

Enteramente por gracia

La luz que he recibido de Dios coloca este importante tema más allá de todo interrogante en mi mente. La justificación es enteramente por gracia y no se consigue por ninguna obra que el hombre caído pueda realizar. El punto ha sido presentado delante de mí con claridad, que si el hombre rico tiene dinero y posesiones, y los ofrenda al Señor, se introducen ideas falsas que estropean la ofrenda por pensar que merece el favor de Dios, que el Señor está obligado a considerarlo con especial benevolencia en virtud de su donación. [18.1]

Ha habido muy poca instrucción clara sobre este punto. El Señor le ha prestado al hombre sus propios bienes en depósito - medios que El requiere que le sean devueltos cuando su providencia lo manifieste y la edificación de su causa lo demande. El Señor dio el intelecto. Dio la salud y la capacidad para obtener ganancias terrenales. Creó las cosas de la tierra. Manifiesta su poder divino para desarrollar todas sus riquezas. Son sus frutos, de su propia labranza. El dio el sol, las nubes, las lluvias, para hacer que la vegetación floreciera. Como siervos empleados por Dios, ustedes recogieron en su mies a fin de satisfacer sus necesidades de una manera económica y conservar el saldo a disposición de Dios. Pueden decir con David: “Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos”. 1 Crónicas 29:14. Así que la satisfacción del mérito de la criatura no puede consistir en devolver al Señor lo que es suyo, porque siempre fue su propiedad para ser usada según El en su providencia lo indicara. [18.2]

Se pierde el favor de Dios

Por rebelión y apostasía el hombre perdió el favor de Dios; no sus derechos, porque él no podía tener valor excepto el que le fuera conferido por el amado Hijo de Dios. Este punto debe ser entendido. El hombre perdió esos privilegios que Dios en su misericordia

le presentó como un don gratuito, un tesoro en depósito para ser usado en el avance de su causa y su gloria, para beneficiar a los seres que El había hecho. En el momento cuando la criatura de Dios rehusó obedecer las leyes del reino de Dios, en ese momento se volvió desleal al gobierno del Creador y se hizo enteramente indigna de todas las bendiciones con que El la había favorecido. [19.1]

Esta era la situación de la raza humana después que el hombre, por su transgresión, se divorció de Dios. Entonces ya no tenía más derecho a una bocanada de aire, a un rayo de sol o a una partícula de alimento. Y la razón por la cual el hombre no fue aniquilado, fue porque Dios lo amó de tal manera que otorgó el don de su amado Hijo para que El sufriera la penalidad de la transgresión. Cristo estuvo dispuesto a convertirse en el fiador y sustituto del hombre a fin de que éste, mediante su incomparable gracia, pudiera tener otra oportunidad - una segunda prueba-, teniendo la experiencia de Adán y Eva como una advertencia para que no transgredieran la ley de Dios como ellos lo hicieron. Y en cuanto el hombre disfruta las bendiciones de Dios en la dádiva del sol y la dádiva del alimento, debería inclinarse delante del Hacedor en agradecido reconocimiento de que todas las cosas provienen de Él. Todo lo que se le devuelve a Dios es tan sólo su propiedad, que El nos ha concedido. [19.2]

El hombre quebrantó la ley de Dios, y por medio del Redentor se hicieron promesas nuevas y frescas sobre una base diferente. Todas las bendiciones deben venir a través de un Mediador. Ahora cada miembro de la familia humana está enteramente en las manos de Cristo, y todo lo que poseemos en esta vida presente -ya sea dinero, casas, tierras, capacidad de razonar, fortaleza física, o facultades intelectuales-, y todas las bendiciones de la vida futura, han sido colocados en nuestra posesión como tesoros de Dios para que sean fielmente empleados en beneficio del hombre. Cada don tiene el sello de la cruz y lleva la imagen y el sobrescrito de Jesucristo. Todas las cosas provienen de Dios. Desde los beneficios más insignificantes hasta la mayor bendición, todo fluye por un único Canal: la mediación sobrehumana asperjada con la sangre cuyo valor supera todo cálculo porque era la vida de Dios en su Hijo. [20.1]

Ahora bien, ninguna alma puede darle a Dios algo que ya no sea de Él. Recuerden esto: “Todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te

damos”. 1 Crónicas 29:14. Esto debe ser presentado delante de la gente dondequiera que vamos: que nosotros no poseemos nada, ni podemos ofrecer cosa alguna en valor, en obras, en fe, que no hayamos recibido primeramente de Dios y sobre lo cual El puede en cualquier momento poner su mano y decir: “Esto es mío - dádivas y bendiciones y dotes que yo te confié, no para enriquecerte, sino para que las uses sabiamente en beneficio del mundo”. [20.2]

Todo es de Dios

La creación pertenece a Dios. El Señor podría, abandonando al hombre, detener su aliento al instante. Todo lo que el hombre es y todo lo que tiene, pertenece a Dios. El mundo entero es de Dios. Las casas que el hombre posee, sus conocimientos personales, todo lo que es valioso o brillante, es dotación de Dios. Todo es obsequio suyo, que ha de serle devuelto ayudando a cultivar el corazón humano. Las ofrendas más espléndidas pueden ser colocadas sobre el altar de Dios, y los hombres alabarán, exaltarán y cantarán loas al Dador por su liberalidad. ¿En qué? “Todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos”. 1 Crónicas 29:14. Ninguna obra del hombre puede hacerlo acreedor del amor perdonador de Dios, pero cuando el amor de Dios penetra en el alma lo llevará a hacer las cosas que Dios siempre requirió y que él debería efectuar con placer. Habrá hecho tan sólo lo que siempre fue su deber. [21.1]

Los ángeles de Dios en el cielo, que nunca han caído, cumplen la voluntad del Señor continuamente. Respecto de todo lo que hacen en sus afanosas diligencias de misericordia por nuestro mundo, protegiendo, guiando y cuidando por siglos a la obra de la creación de Dios -tanto a los justos como a los injustos-, pueden en verdad decir: “Todo es tuyo. De lo recibido de tu mano te damos”. ¡Oh, si el ojo humano pudiera vislumbrar el servicio de los ángeles! ¡Si la imaginación pudiera captar y explayarse en el servicio abundante y glorioso de los ángeles de Dios, y en los conflictos que sostienen en favor de los hombres a fin de protegerlos, guiarlos, ganarlos y liberarlos de las trampas de Satanás! ¡Cuán diferentes serían la conducta y el sentimiento religioso! [21.2]

Mérito humano

Los mortales pueden hacer discursos abogando vehementemente por el mérito de la criatura, y cada hombre puede luchar por la supremacía, pero los tales simplemente no saben que todo el tiempo, en principio y en carácter, están tergiversando la verdad de Jesús. Se hallan en la niebla de la ofuscación. Necesitan el precioso amor de Dios, ilustrado por el oro refinado en fuego; necesitan la vestidura blanca del carácter puro de Cristo; y necesitan el colirio celestial para poder discernir con asombro la absoluta inutilidad del mérito humano para ganar el galardón de la vida eterna. Pueden poner a los pies de nuestro Redentor fervor en el trabajo e intenso afecto, realizaciones intelectuales elevadas y nobles, amplitud de entendimiento y la más profunda humildad; pero no hay una pizca más de gracia y talento que los que Dios dio al principio. No debe entregarse nada menos que lo que el deber prescribe, y no puede entregarse un ápice más que lo que se ha recibido primero; y todo debe ser colocado sobre el fuego de la justicia de Cristo para purificarlo de su olor terrenal antes de que se eleve en una nube de incienso fragante al gran Jehová y sea aceptado como un suave perfume. [22.1]

Me pregunto, ¿de qué manera puedo exponer este tema con exactitud? El Señor Jesús imparte todas las facultades, toda la gracia, toda la contrición, todo buen impulso, todo el perdón de los pecados, al presentar su justicia para que el hombre la haga suya mediante una fe viva -la cual también es el don de Dios. Si ustedes reúnen todo lo que es bueno y santo y noble y amable en el hombre, y entonces lo presentan ante los ángeles de Dios como si desempeñara una parte en la salvación del alma humana o como un mérito, la proposición sería rechazada como una traición. De pie ante la presencia de su Creador y mirando la insuperable gloria que envuelve su persona, contemplan al Cordero de Dios entregado desde la fundación del mundo a una vida de humillación, para ser rechazado, despreciado y crucificado por los hombres pecaminosos. ¡Quién puede medir la infinitud del sacrificio! [22.2]

Por amor a nosotros Cristo se hizo pobre, para que por su pobreza pudiéramos ser hechos ricos. Y todas las obras que el hombre puede rendir a Dios serán mucho menos que nada. Mis súplicas son aceptas únicamente porque se apoyan en la justicia de Cristo.

La idea de hacer algo para merecer la gracia del perdón es una falacia del principio al fin. “Señor, en mi mano no traigo valor alguno; simplemente a tu cruz me aferro”. [23.1]

Lo que el hombre no puede hacer

No le darán gloria alguna las proezas encomiables que el hombre pueda realizar. Los hombres han caído en la costumbre de glorificar y exaltar a otros hombres. Me estremezco cuando observo u oigo esta práctica, porque me han sido revelados no pocos casos en los cuales la vida familiar y la obra interior de los corazones de esos mismos hombres están llenos de egoísmo. Son corruptos, contaminados, viles; y nada que proviene de todas sus realizaciones puede elevarlos delante de Dios, porque todo lo que hacen es una abominación ante su mirada. No puede haber verdadera conversión sin el abandono del pecado, y no se discierne el carácter detestable del pecado. Con una agudeza de percepción nunca alcanzada por la comprensión humana, ángeles de Dios observan que seres estorbados por influencias corruptoras, con almas y manos impuras, están decidiendo su destino por la eternidad; y sin embargo, muchos tienen escasa noción de lo que constituye el pecado y del remedio. [23.2]

Oímos tantas cosas que se predicán en relación con la conversión del alma que no son ciertas. Se enseña a los hombres a pensar que si un ser humano se arrepiente será perdonado, suponiendo que el arrepentimiento es el camino, la puerta para entrar en el cielo; que el arrepentimiento tiene un cierto valor seguro para conseguirle el perdón. ¿Puede el hombre arrepentirse por sí mismo? No más de lo que puede perdonarse a sí mismo. Lágrimas, suspiros, resoluciones -todo esto no es sino el ejercicio apropiado de las facultades que Dios ha concedido al hombre, y el apartamiento del pecado en la enmienda de una vida que es de Dios. ¿Dónde hay mérito en el hombre para ganar su salvación, o para poner delante de Dios algo que sea valioso o excelente? ¿Puede una ofrenda de dinero, casas o tierras colocarlo en la lista de los merecedores? ¡Imposible! [24.1]

Es peligroso considerar que la justificación por la fe pone mérito en la fe. Cuando aceptamos la justicia de Cristo como un regalo, somos justificados gratuitamente mediante la redención de Cristo.

¿Qué es fe? “La certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”. Hebreos 11:1. Es el asentimiento de la mente a las palabras de Dios, que ciñe el corazón en voluntaria consagración y servicio a Él, quien dio el entendimiento, enterneció el corazón, y tomó la iniciativa para atraer la mente a fin de que contemplara a Cristo en la cruz del Calvario. La fe es rendir a Dios las facultades intelectuales, entregarle la mente y la voluntad, y hacer de Cristo la única puerta para entrar en el reino de los cielos. [24.2]

Cuando los hombres comprenden que no pueden ganar la justificación por los méritos de sus propias obras, y con firme y completa confianza miran a Cristo como su única esperanza, no hay en sus vidas tanto del yo y tan poco de Jesús. Las almas y los cuerpos están corrompidos y contaminados por el pecado, el corazón está alejado de Dios; sin embargo, muchos luchan con su propia fuerza finita para ganar la salvación mediante buenas obras. Piensan que Jesús obrará parte de la salvación, pero que ellos deben hacer el resto. Los tales necesitan ver por fe la justicia de Cristo como su única esperanza para el tiempo y la eternidad. [24.3]

Dios obra y el hombre obra

Dios ha dado a los hombres facultades y capacidades. Dios obra y coopera con los dones que ha impartido al hombre, y el hombre, siendo partícipe de la naturaleza divina y realizando la obra de Cristo, puede ser vencedor y obtener la vida eterna. El Señor no tiene intención de hacer la obra para cuyo cumplimiento ha dado facultades al hombre. La parte del hombre debe ser realizada. Debe ser un colaborador de Dios, llevando el yugo con Cristo, y aprendiendo de su mansedumbre y humildad. Dios es el poder que todo lo controla. El otorga los dones; el hombre los recibe y actúa con el poder de la gracia de Cristo como un agente viviente. [25.1]

“Vosotros sois labranza de Dios”. 1 Corintios 3:9. El corazón debe ser labrado, mejorado, arado, rastrillado y sembrado a fin de producir su fruto para Dios en buenas obras. “Vosotros sois edificio de Dios”. No podemos edificar por nosotros mismos. Hay un Poder fuera de nosotros que tiene que edificar la iglesia, poniendo ladrillo sobre ladrillo y cooperando siempre con las facultades y aptitudes dadas por Dios al hombre. El Redentor debe hallar un hogar en su edificio. Dios obra y el hombre obra. Es necesario que continua-

mente se reciban los dones de Dios, para que pueda haber una entrega de estos dones con la misma liberalidad. Es un continuo proceso de recibir y devolver. El Señor ha provisto que el alma reciba alimento de Él, a fin de que sea nuevamente entregado en la realización de sus propósitos. Para que haya sobreabundancia, tiene que haber una recepción de divinidad en la humanidad. “Habitaré y andaré entre ellos”. 2 Corintios 6:16. [25.2]

El templo del alma ha de ser sagrado, santo, puro e inmaculado. Debe haber una coparticipación, en la cual todo el poder es de Dios y toda la gloria pertenece a Dios. La responsabilidad reside en nosotros. Debemos recibir en pensamientos y en sentimientos, para dar en expresión. La ley de la actividad humana y divina hace del receptor un obrero juntamente con Dios. Lleva al hombre a la posición donde puede, unido con la divinidad, hacer las obras de Dios. La humanidad toca a la humanidad. La combinación del poder divino y el agente humano será un éxito completo, porque la justicia de Cristo lo realiza todo. [26.1]

Poder sobrenatural para obras sobrenaturales

La razón por la cual tantos dejan de ser obreros de éxito es que actúan como si Dios dependiera de ellos, y pretenden sugerirle a Dios qué debe hacer con ellos, en lugar de depender ellos de Dios. Ponen a un lado el poder sobrenatural y dejan de hacer la obra sobrenatural. Dependen todo el tiempo de sus propias facultades humanas y las de sus hermanos. Son estrechos en sí mismos y siempre están juzgando según su finita comprensión humana. Necesitan elevarse, porque no tienen poder de lo alto. Dios nos da el cuerpo, la energía mental, el tiempo y la oportunidad para trabajar. Es necesario utilizar todos esos recursos al máximo. Combinando la humanidad y la divinidad se puede realizar una obra que durará por la eternidad. Cuando el hombre piensa que el Señor ha cometido un error en su caso particular, y elige su propia tarea, le espera la frustración. [26.2]

“Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”. Efesios 2:8. Aquí hay verdad que desarrollará el tema en tu mente si no la cierras a los rayos de luz. La vida eterna es un regalo infinito. Esto la coloca fuera de la posibilidad de que nosotros la ganemos, porque es infinita. Necesariamente tiene

que ser un regalo. Como regalo, tiene que ser recibida por fe, y a Dios debe ofrecerse la gratitud y la alabanza. Una fe sólida no conducirá a persona alguna al fanatismo o a actuar como el siervo indolente. El poder maléfico de Satanás induce a los hombres a mirarse a sí mismos en lugar de contemplar a Jesús. La justicia de Cristo debe estar delante de nosotros si la gloria del Señor llega a ser nuestra retaguardia. Si hacemos la voluntad de Dios podemos recibir grandes bendiciones como un don gratuito del Señor, pero no porque haya mérito alguno en nosotros; éste no tiene valor. Hagan la obra de Cristo, y ustedes honrarán a Dios y saldrán más que vencedores por medio de Aquel que nos ama y ha dado su vida por nosotros, para que pudiéramos tener vida y salvación en Cristo Jesús. [27.1]

La norma de la verdadera santificación

Artículo publicado en la Review and Herald, el 8 de marzo de 1881.

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo”. 1 Tesalonicenses 5:23. [28.1]

La santificación se obtiene únicamente en obediencia a la voluntad de Dios. Muchos que deliberadamente pisotean la ley de Jehová pretenden tener un corazón puro y una vida santificada. Pero los tales no tienen un conocimiento salvador de Dios o de su ley. Se alinean en las filas del gran rebelde. El está en guerra contra la ley de Dios, que es el fundamento del gobierno divino en el cielo y en la tierra. Estos hombres están realizando el mismo trabajo que su maestro ha hecho al tratar de invalidar la santa ley de Dios. A ningún transgresor de los mandamientos le será permitido entrar en el cielo; pues aquel que una vez fue un querubín cubridor puro y exaltado, fue arrojado fuera por rebelarse contra el gobierno de Dios. [28.2]

Para muchos, la santificación es meramente justificación propia. Y sin embargo estas personas declaran osadamente que Jesús es su Salvador y Santificador. ¡Qué engaño! ¿Acaso el Hijo de Dios va a santificar al transgresor de la ley del Padre, esa ley que Cristo vino a exaltar y honrar? El testifica: “Yo he guardado los mandamientos de mi Padre”. Dios no va a rebajar su ley para ponerla al nivel de las normas imperfectas del hombre; y el hombre no puede satisfacer los requerimientos de esa santa ley sin experimentar

arrepentimiento delante de Dios y fe en nuestro Señor Jesucristo. [28.3]

“Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”. 1 Juan 2:1. Pero Dios no entregó a su Hijo a una vida de sufrimiento e ignominia y a una muerte oprobiosa para exonerar al hombre de la obediencia a la ley divina. Tan grande es el poder engañoso de Satanás que muchos han sido inducidos a considerar que el sacrificio de Cristo no tiene real valor. Cristo murió porque no había ninguna otra esperanza para el transgresor. Este puede tratar de guardar la ley de Dios en el futuro; pero la deuda en la que ha incurrido en el pasado permanece, y la ley debe condenarlo a muerte. Cristo vino a pagar esa deuda por el pecador, la cual era imposible que éste pagara por sí mismo. Así, mediante el sacrificio expiatorio de Cristo, le fue concedida al hombre pecador otra oportunidad. [29.1]

La sofistería de Satanás

Es sofistería de Satanás la idea de que la muerte de Cristo introdujo la gracia para ocupar el lugar de la ley. La muerte de Jesús no modificó ni anuló ni menoscabó en el menor grado la ley de los Diez Mandamientos. Esa preciosa gracia ofrecida a los hombres por medio de la sangre del Salvador, establece la ley de Dios. Desde la caída del hombre, el gobierno moral de Dios y su gracia son inseparables. Ambos van de la mano a través de todas las dispensaciones. “La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron”. Salmos 85:10. [29.2]

Jesús, nuestro Sustituto, aceptó cargar por el hombre con la penalidad de la ley transgredida. Cubrió su divinidad con humanidad y de ese modo llegó a ser el Hijo del Hombre, un Salvador y Redentor. El hecho mismo de la muerte del amado Hijo de Dios a fin de redimir al hombre, muestra la inmutabilidad de la ley divina. ¡Cuán fácilmente, desde el punto de vista del transgresor, Dios podría haber abolido su ley, proveyendo así una vía por la cual los hombres pudieran salvarse y Cristo permanecer en el cielo! La doctrina que enseña libertad, mediante la gracia, para quebrantar la ley, es un engaño fatal. Todo transgresor de la ley de Dios es un pecador, y nadie puede ser santificado mientras vive conscientemente en pecado. [29.3]

La condescendencia y la agonía del amado Hijo de Dios no fueron soportadas para concederle al hombre libertad para transgredir la ley del Padre y no obstante sentarse con Cristo en su trono. Fueron para que mediante los méritos de Jesús, y el ejercicio del arrepentimiento y la fe, hasta el pecador más culpable pudiera recibir perdón y obtener fortaleza para vivir una vida de obediencia. El pecador no es salvado en sus pecados, sino de sus pecados. [30.1]

Qué es el pecado

El alma debe primeramente ser convencida de pecado antes que el pecador sienta el deseo de acudir a Cristo. “El pecado es infracción de la ley”. 1 Juan 3:4. “Yo no conocí el pecado sino por la ley”. Romanos 7:7. Cuando el mandamiento penetró en la conciencia de Saulo, el pecado revivió, y él murió. Se vio condenado por la ley de Dios. El pecador no puede ser convencido de su culpabilidad a menos que entienda qué constituye el pecado. Es imposible para el individuo experimentar la santificación bíblica mientras sostenga que si cree en Cristo da lo mismo que obedezca la ley de Dios o que la desobedezca. [30.2]

Los que profesan guardar la ley de Dios y sin embargo en el corazón se entregan al pecado, son condenados por el Testigo Verdadero. Pretenden ser ricos en el conocimiento de la verdad; pero no están en armonía con sus principios sagrados. La verdad no santifica sus vidas. La Palabra de Dios declara que quien profesa observar los mandamientos, pero cuya vida contradice su fe, es ciego, miserable, pobre y desnudo. [30.3]

La ley de Dios es el espejo que presenta una imagen completa del hombre tal cual es, y sostiene delante de él el modelo correcto. Algunos se alejarán y olvidarán este cuadro, mientras otros emplearán epítetos injuriosos contra la ley, como si esto pudiera remediar sus defectos de carácter. Pero otros, al verse condenados por la ley, se arrepentirán de su transgresión y, mediante la fe en los méritos de Cristo, perfeccionarán el carácter cristiano. [31.1]

Condenados por la luz que rechazan

El mundo entero es culpable ante la vista de Dios por transgredir su ley. El hecho de que la gran mayoría continuará transgrediéndola, y permanecerá así en enemistad con Dios, no es razón para que algunos no se confiesen culpables y se vuelvan obedientes. Para un observador superficial, personas que son naturalmente amables, educadas y refinadas pueden parecer que llevan una vida perfecta. “El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón”. 1 Samuel 16:7. A menos que las verdades vivificantes de la Palabra de Dios, cuando se presentan a la conciencia, sean aceptadas de manera inteligente y entonces cumplidas fielmente en la vida, ningún hombre podrá ver el reino de los cielos. Para algunos, estas verdades son atractivas por su carácter novedoso, pero no las aceptan como la Palabra de Dios. Los que no reciben la luz cuando les es presentada, serán condenados por ella. [31.2]

En cada congregación de la tierra hay almas insatisfechas, con hambre y sed de salvación. De día y de noche la carga de sus corazones es: ¿Qué debo hacer para ser salvo? Escuchan anhelosamente discursos populares, con la esperanza de aprender cómo pueden ser justificados delante de Dios. Pero demasiado a menudo sólo oyen una oratoria complaciente, una declamación elocuente. Hay corazones tristes y chasqueados en cada reunión religiosa. El ministro dice a sus oyentes que no se puede guardar la ley de Dios. “No es obligatoria para el hombre en nuestros días -afirma-. Deben creer en Cristo; El los salvará; solamente crean”. Así les enseña a hacer de los sentimientos su criterio, y no les proporciona una fe inteligente. Ese ministro puede profesar que es muy sincero, pero está procurando tranquilizar la conciencia turbada con una falsa esperanza. [32.1]

Veneno espiritual disimulado

Muchos son inducidos a pensar que se hallan en el camino al cielo porque profesan creer en Cristo, mientras rechazan la ley de Dios. Pero al final descubrirán que estaban en el camino que conduce a la perdición y no al cielo. El veneno espiritual es disimulado por medio de la doctrina de la santificación, y suministrado a la gente. Millares lo tragan anhelosamente, sintiendo que si tan sólo

son honestos en su creencia han de estar a salvo. Pero la sinceridad no convertirá el error en verdad. Un hombre puede tragar veneno pensando que es alimento; pero su sinceridad no lo salvará de los efectos de la dosis. [32.2]

Dios nos ha dado su Palabra para que sea nuestra guía. Cristo dijo: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí”. Juan 5:39. El oró por sus discípulos: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad”. Juan 17:17. Pablo dice: “Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret”. Hechos 26:9. Pero esta creencia no hizo que ese proceder fuera correcto. Cuando Pablo recibió el Evangelio de Jesucristo, ese Evangelio lo convirtió en una nueva criatura. Fue transformado; la verdad plantada en su alma le dio tal fe y coraje como seguidor de Cristo que ninguna oposición pudo moverlo, ningún sufrimiento acobardarlo. [32.3]

Los hombres pueden elaborar cualquier excusa que les plazca para rechazar la ley de Dios; pero ninguna excusa será aceptada en el día del juicio. Los que contienden con Dios y endurecen sus almas culpables en la transgresión, muy pronto deberán enfrentar al Gran Legislador en relación con su ley quebrantada. [33.1]

El día de la venganza de Dios vendrá -el día del furor de su ira. ¿Quién soportará el día de su venida? Los hombres han endurecido sus corazones contra el Espíritu de Dios, pero las flechas de su ira penetrarán donde los dardos de la convicción no pudieron. Antes de mucho Dios se levantará para ocuparse del pecador. El falso pastor, ¿protegerá al transgresor en ese día? ¿Hallará excusa el que se unió a la multitud en la senda de desobediencia? La popularidad o los Números, ¿harán inocente a alguien? Estas son las preguntas que los negligentes e indiferentes deberían considerar y resolver.* [33.2]

Cristo, nuestra justicia

(un tema presentado en 1883)

Disertación matinal para los ministros reunidos en el congreso de la Asociación General, en Battle Creek, Michigan, en noviembre de 1883. Publicada en la edición de 1892 de Gospel Workers (Obreros Evangélicos), 411-415 y en Mensajes Selectos, 1:411-415.

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. 1 Juan 1:9.

Dios requiere que confesemos nuestros pecados y humillemos nuestro corazón ante El. Pero al mismo tiempo debiéramos tenerle confianza como a un Padre tierno que no abandonará a los que ponen su confianza en El. Muchos de nosotros caminamos por vista y no por fe. Creemos en las cosas que se ven, pero no apreciamos las preciosas promesas que se nos dan en la Palabra de Dios. Sin embargo, no podemos deshonar a Dios más decididamente que mostrando que desconfiamos de lo que Él dice, y poniendo en duda si el Señor nos habla de verdad o nos está engañando. [34.1]

Dios no nos abandona por causa de nuestros pecados. Quizás hayamos cometido errores y contristado a su Espíritu, pero cuando nos arrepentimos y acudimos a Él con corazón contrito, no nos desdeña. Hay estorbos que deben ser removidos. Se han fomentado sentimientos equivocados y ha habido orgullo, suficiencia propia, impaciencia y murmuraciones. Todo esto nos separa de Dios. Deben confesarse los pecados; debe haber una obra más profunda de la gracia en el corazón. Los que se sienten débiles y desanimados deben llegar a ser hombres fuertes en Dios y deben hacer una noble obra para el Maestro. Pero deben proceder con altura; no deben ser influidos por motivos egoístas. [34.2]

Los méritos de Cristo son nuestra única esperanza

Debemos aprender en la escuela de Cristo. Sólo su justicia puede darnos derecho a una de las bendiciones del pacto de la gracia. Durante mucho tiempo hemos deseado y procurado obtener esas bendiciones, pero no las hemos recibido porque hemos fomentado la idea de que podríamos hacer algo para hacernos dignos de ellas. No hemos apartado la vista de nosotros mismos, creyendo que Jesús es un Salvador viviente. No debemos pensar que nos salvan nuestra propia gracia y nuestros méritos. La gracia de Cristo es nuestra única esperanza de salvación. El Señor promete mediante su profeta: “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar”. Isaías 55:7. Debemos creer en la promesa en sí, y no aceptar un sentimiento como si fuera fe. Cuando confiemos plenamente en Dios, cuando descansen sobre los méritos de Jesús como en un Salvador que perdona los pecados, recibiremos toda la ayuda que podamos desear. [35.1]

Miramos a nuestro yo como si tuviéramos poder para salvarnos a nosotros mismos, pero Jesús murió por nosotros porque somos impotentes para hacer eso. En Él están nuestra esperanza, nuestra justificación, nuestra justicia. No debemos desalentarnos y temer que no tenemos Salvador, o que El no tiene pensamientos de misericordia hacia nosotros. En este mismo momento está realizando su obra en nuestro favor, invitándonos a acudir a Él, en nuestra impotencia, y ser salvados. Lo deshonramos con nuestra incredulidad. Es asombroso cómo tratamos a nuestro mejor Amigo, cuán poca confianza depositamos en Aquel que puede salvarnos hasta lo sumo y que nos ha dado toda evidencia de su gran amor. [35.2]

Mis hermanos, ¿esperan que sus méritos los recomendarán para recibir el favor de Dios, pensando que deben ser liberados del pecado antes de que confíen en su poder para salvar? Si ésta es la lucha que se efectúa en su mente, temo que no obtengan fortaleza y que al final se desanimen. [36.1]

Miren y vivan

En el desierto, cuando el Señor permitió que serpientes venenosas atacaran a los israelitas rebeldes, se instruyó a Moisés que erigiera una serpiente de bronce y ordenara que todos los heridos la miraran y vivieran. Pero muchos no vieron la utilidad de ese remedio indicado por el Cielo. Los muertos y moribundos los rodeaban por doquiera, y sabían que sin la ayuda divina su muerte era cierta; mas lamentaban sus heridas, sus dolores, su muerte segura, hasta que se les acababan las fuerzas y sus ojos quedaban vidriosos, cuando podrían haber recibido una curación instantánea. [36.2]

“Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así” también fue “el Hijo del Hombre... levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Juan 3:14, 15. Si están conscientes de sus pecados, no dediquen todas sus facultades a lamentarse por ellos, sino miren y vivan. Jesús es nuestro único Salvador, y aunque millones que necesitan ser curados rechacen su misericordia ofrecida, nadie que confía en sus méritos será abandonado para perecer. Al paso que reconozcamos nuestra condición impotente sin Cristo, no debemos desanimarnos. Debemos confiar en un Salvador crucificado y resucitado. Pobre alma, enferma de pecado y desanimada, mira y vive. Jesús ha empeñado su palabra; salvará a todos los que acuden a Él. [36.3]

Ven a Jesús, y recibe descanso y paz. Ahora mismo puedes tener la bendición. Satanás te sugiere que eres impotente y que no puedes bendecirte a ti mismo. Es verdad: eres impotente. Pero exalta a Jesús delante de él: “Tengo un Salvador resucitado. En El confío y El nunca permitirá que yo sea confundido. Yo triunfo en su nombre. El es mi justicia y mi corona de regocijo”. En lo que respecta a esto, nadie piense que su caso es sin esperanza, pues no es así. Quizá te parezca que eres pecador y que estás perdido, pero precisamente por eso necesitas un Salvador. Si tienes pecados que confesar, no pierdas tiempo. Los momentos son de oro. “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. 1 Juan 1:9. Serán saciados los que tienen hambre y sed de justicia, pues Jesús lo ha prometido. ¡Precioso Salvador! Sus brazos están abiertos para recibirnos, y su gran corazón de amor espera para bendecirnos. [37.1]

Algunos parecen sentir que deben ser puestos a prueba y deben demostrar al Señor que se han reformado, antes de poder demandar sus bendiciones. Sin embargo, esas queridas almas pueden pedir ahora mismo la bendición. Deben tener la gracia de Cristo, el Espíritu de Cristo que les ayude en sus debilidades, o no podrán formar un carácter cristiano. Jesús anhela que vayamos a El tal como somos: pecadores, impotentes, desvalidos. [37.2]

El arrepentimiento es un don de Dios

El arrepentimiento, tanto como el perdón, es el don de Dios por medio de Cristo. Mediante la influencia del Espíritu Santo somos convencidos de pecado y sentimos nuestra necesidad de perdón. Sólo los contritos son perdonados, pero es la gracia de Dios la que hace que se arrepienta el corazón. El conoce todas nuestras debilidades y flaquezas, y nos ayudará. [37.3]

Algunos que acuden a Dios mediante el arrepentimiento y la confesión, y creen que sus pecados han sido perdonados, no recurren, sin embargo, a las promesas de Dios como debieran. No comprenden que Jesús es un Salvador siempre presente y no están listos para confiarle la custodia de su alma, descansando en El para que perfeccione la obra de la gracia comenzada en su corazón. Al paso que piensan que se entregan a Dios, existe mucho de confianza propia. Hay almas concienzudas que confían parcialmente en Dios y parcialmente en sí mismas. No recurren a Dios para ser preservadas por su poder, sino que dependen de su vigilancia contra la tentación y de la realización de ciertos deberes para que Dios las acepte. No hay victorias en esta clase de fe. Tales personas se esfuerzan en vano. Sus almas están en un yugo continuo y no hallan descanso hasta que sus cargas son puestas a los pies de Jesús. [38.1]

Se necesitan vigilancia constante y ferviente y amante devoción. Pero ellas se presentan naturalmente cuando el alma es preservada por el poder de Dios, mediante la fe. No podemos hacer nada, absolutamente nada para ganar el favor divino. No debemos confiar en absoluto en nosotros mismos ni en nuestras buenas obras. Sin embargo, cuando vamos a Cristo como seres falibles y pecaminosos, podemos hallar descanso en su amor. Dios acepta a cada uno que acude a El confiando plenamente en los méritos de un Salva-

dor crucificado. El amor surge en el corazón. Puede no haber un éxtasis de sentimientos, pero hay una confianza serena y permanente. Toda carga se hace liviana, pues es fácil el yugo que impone Cristo. El deber se convierte en una delicia, y el sacrificio en un placer. La senda que antes parecía envuelta en tinieblas se hace brillante con los rayos del Sol de Justicia. Esto es caminar en la luz así como Cristo está en la luz. [38.2]

Elena G. de White traza claramente las líneas

*Parte de un sermón pronunciado en Worcester, Massachusetts, el
31 de julio de 1885, titulado “La verdadera norma de santidad”.
Publicado en la Review and Herald el 25 de agosto de 1885.*

La pregunta que ahora ha de formularse es: ¿Están los profesos seguidores de Cristo satisfaciendo las condiciones en relación con las cuales la bendición es pronunciada? ¿Se están separando del mundo en espíritu y en práctica? ¿Cuán difícil es salir y apartarse de hábitos y costumbres mundanales! Mas pongamos mucho cuidado para que Satanás no nos seduzca y engañe por medio de falsas representaciones. Aquí están en juego intereses eternos. Las demandas de Dios deberían ocupar el primer lugar; sus requerimientos deberían recibir nuestra principal atención. [40.1]

Cada descendiente del Adán caído debe, mediante la gracia transformadora de Cristo, llegar a ser obediente a todos los requerimientos de Dios. Muchos cierran sus ojos a las más claras enseñanzas de su Palabra porque la cruz se interpone directamente en el camino. Si la levantan, van a parecer peculiares ante los ojos del mundo; y vacilan, preguntan y buscan algún pretexto por el cual puedan evitar la cruz. Satanás está siempre listo, y presenta razones plausibles por las cuales no sería lo mejor obedecer la Palabra de Dios exactamente como reza. Las almas son fatalmente engañadas. [40.2]

Un engaño exitoso

Uno de los engaños más exitosos de Satanás es inducir a los hombres a pretender que están santificados, mientras viven en

desobediencia a los mandamientos de Dios. Los tales son descritos por Jesús como los que dirán: “Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?” [40.3]

Aunque los que pretenden estar santificados tienen mucho que decir acerca de ser salvados por la sangre de Jesús, su santificación no es por medio de la verdad tal como es en Jesús. Mientras proclaman creer en Él, y aparentemente realizan obras maravillosas en su nombre, ignoran la ley de su Padre y sirven como agentes del gran adversario de las almas para llevar a cabo la tarea que éste comenzó en el Edén: la de presentar excusas aceptables para no obedecer a Dios sin reserva. Su obra de inducir a los hombres a deshonorar a Dios pasando por alto su ley, un día será expuesta delante de ellos con sus verdaderos resultados. [41.1]

Los requisitos para la vida eterna están presentados tan claramente en la Palabra de Dios que nadie necesita errar, a menos que escojan el error en vez de la verdad porque sus almas no santificadas aman las tinieblas más que la luz. [41.2]

El intérprete de la ley que fue a Cristo con la pregunta: “Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?”, pensó atraparlo, pero Jesús devolvió la carga al doctor de la ley. “¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Aquél, respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo”. Entonces Cristo dijo: “Bien has respondido; haz esto, y vivirás”. Lucas 10:25-28. Estas palabras convienen a todos los casos individuales. ¿Estamos dispuestos a cumplir con los requisitos? ¿Obedeceremos a Dios y guardaremos sus mandamientos? ¿Seremos hacedores de la Palabra y no meramente oidores? La ley de Dios es tan inmutable o inalterable como su carácter. Cualquier cosa que los hombres puedan decir o hacer para invalidarla, no modifica sus requerimientos ni los exonera de su obligación de obedecer. [41.3]

Necesitamos cada día esclarecimiento divino; deberíamos orar como lo hizo David: “Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley”. Salmos 119:18. Dios tendrá un pueblo sobre la tierra que vindicará su honor al respetar todos sus mandamientos; y sus mandamientos no son penosos, no son un yugo de servidumbre. David

oró en sus días: “Tiempo es de actuar, oh Jehová, porque han invalidado tu ley”. Vers. 126. [42.1]

Ninguno de nosotros puede permitirse deshonrar a Dios viéndolo en transgresión de su ley. Descuidar la Biblia y entregarnos a la consecución de tesoros mundanales constituye una pérdida inestimable. Sólo la eternidad ha de revelar el gran sacrificio que muchos han realizado para obtener honor mundanal y comodidades terrenales al precio de la pérdida del alma, la pérdida de riquezas eternas. Pudieron haber tenido esa vida que se mide con la vida de Dios; pues Jesús murió a fin de poner a su alcance las bendiciones y los tesoros del cielo, para que pudieran no ser considerados pobres y desventurados y miserables en la elevada estimación de la eternidad. [42.2]

Nadie que quebrante los mandamientos entrará

Nadie que haya recibido la luz de la verdad y quebrante los mandamientos entrará en la ciudad de Dios. Su ley constituye el fundamento de su gobierno en la tierra y en el cielo. Los que conscientemente hayan pisoteado y despreciado su ley en la tierra, no serán llevados al cielo para que allí hagan la misma obra; no se producirá un cambio de carácter cuando Cristo venga. [42.3]

La edificación del carácter ha de proseguir durante las horas de prueba. Día tras día nuestras acciones son registradas en los libros del cielo, y en el gran día de Dios seremos recompensados según hayan sido nuestras obras. Entonces se verá quién recibe la bendición. “Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que su potencia sea en el árbol de la vida, y que entren por las puertas en la ciudad”. Apocalipsis 22:14 (V. Valera). [43.1]

Los que se levantan contra la ley de Dios están en guerra contra Dios mismo; y muchos que están llenos de la mayor amargura contra el pueblo de Dios que guarda los mandamientos, hacen la más aparatosa ostentación de vivir vidas santas e inmaculadas. Esto puede explicarse solamente de una manera: no tienen espejo en el cual mirarse para descubrir la deformidad de sus caracteres. Ni José, ni Daniel ni ninguno de los apóstoles pretendieron ser impecables. Los hombres que han vivido más cerca de Dios, los hombres que habrían sacrificado la vida misma antes que pecar deliberada-

mente contra El, los hombres a quienes Dios ha honrado con luz y poder divinos, se han reconocido a sí mismos como pecadores, indignos de sus grandes mercedes. Han sentido su debilidad y, pesados por sus pecados, han tratado de imitar al modelo: Cristo Jesús. [43.2]

Sólo dos clases: obedientes y desobedientes

Hay sólo dos clases de personas sobre la tierra: los obedientes hijos de Dios y los desobedientes. En una ocasión Cristo presentó ante sus oyentes la obra del juicio de esta manera: “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. [43.3]

“Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. [44.1]

“Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”. Mateo 25:31-40. [44.2]

Así Cristo identifica su interés con el de la humanidad sufriente. Considera cada atención prodigada a sus criaturas, como realizada personalmente en su favor. Los que pretenden poseer la moderna santificación se adelantarían jactanciosamente, diciendo: “Señor, Señor, ¿no nos conoces? ¿No profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?” Las personas aquí descritas, que formulan estas pretensiosas reclamaciones, aparentemente entrelazando a Jesús en todas sus acciones, representan de manera adecuada a los que ale-

gan poseer la moderna santificación pero están en guerra con la ley de Dios. Cristo los llama hacedores de iniquidad porque son engañadores, que tienen el manto de la santidad para ocultar la deformidad de sus caracteres, la perversión interior de sus corazones impuros. [44.3]

Satanás ha descendido en estos días finales para obrar con todo engaño de impiedad en los que perecen. Su majestad satánica realiza milagros a la vista de falsos profetas, a la vista de los hombres, pretendiendo ser verdaderamente Cristo mismo. Satanás dota con su poder a los que le ayudan en sus engaños; por consiguiente, los que aseveran tener el gran poder de Dios sólo pueden ser discernidos por el gran detector: la ley de Jehová. El Señor nos advierte que si les fuera posible engañarían a los mismos escogidos. El ropaje de oveja parece tan real, tan genuino, que el lobo puede distinguirse únicamente cuando acudimos a la gran norma moral de Dios y allí descubrimos que son transgresores de la ley de Jehová. [45.1]

Si alguna vez hubo un tiempo, es ahora

Si alguna vez hubo un tiempo cuando necesitamos fe y esclarecimiento espiritual, es ahora. Los que están velando en oración y escudriñando las Escrituras diariamente con un ferviente deseo de conocer y hacer la voluntad de Dios, no serán desviados por ninguno de los engaños de Satanás. Sólo ellos discernirán el pretexto que hombres arteros adoptan para seducir y entrapar. Se dedica tanto tiempo y atención al mundo, al vestido y a la comida y a la bebida, que no se deja tiempo para la oración y el estudio de las Escrituras. [45.2]

Queremos la verdad en cada punto, y debemos buscarla como a tesoros escondidos. Por doquier se nos presentan atrayentes fábulas, y los hombres escogen creer en el error antes que en la verdad, porque la aceptación de la verdad entraña una cruz. El yo debe ser negado; el yo debe ser crucificado. Por eso, Satanás les presenta un camino más fácil invalidando la ley de Dios. Cuando Dios deja al hombre librado a su propio rumbo, es para éste la hora más tenebrosa de su vida. Porque dejar que una criatura obstinada y desobediente tome su propio sendero, que siga la inclinación de su

propia mente y acumule las oscuras nubes del juicio de Dios a su alrededor, es algo terrible. [45.3]

Pero Satanás tiene sus agentes que son demasiado orgullosos para arrepentirse y que están constantemente en acción para echar por tierra y hollar la causa de Jehová. ¡Qué día de aflicción y desesperación, cuando tengan que hacer frente a su obra con toda su carga de consecuencias! Almas que podrían haber sido salvadas para Jesucristo, se habrán perdido por sus enseñanzas e influencia. [46.1]

Cristo murió por ellos, para que pudieran tener vida. Abrió delante de ellos el camino por el cual podrían, mediante los méritos de Jesús, guardar la ley de Dios. Dice Cristo: “Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar”. Apocalipsis 3:8. Cuán arduamente tratan los hombres de cerrar esa puerta; pero no pueden. El testimonio de Juan es: “Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo”. Apocalipsis 11:19. Debajo del propiciatorio, dentro del arca, estaban las dos tablas de piedra que contenían la Ley de Jehová. Los fieles de Dios veían la luz que emanaba de la ley, para ser dada al mundo. Y ahora la intensa actividad de Satanás tiene el propósito de cerrar esa puerta de luz; pero Jesús dice que nadie puede cerrarla. Los hombres se apartarán de la luz, la atacarán y despreciarán, pero aún resplandece con rayos claros y nítidos para animar y bendecir a todos los que la contemplan. [46.2]

Los hijos de Dios tendrán una fiera lucha con el adversario de las almas, y se volverá extremadamente encarnizada a medida que nos acercamos a la culminación del conflicto. Pero el Señor ayudará a los que se levanten en defensa de su verdad. [46.3]

Fe y obras

Signs of the Times, 17 de Septiembre de 1885 (Disertación matinal pronunciada en Basilea, Suiza, el 17 de septiembre de 1885. Publicada en Signs of the Times el 16 de junio de 1890).

“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan”. Hebreos 11:6. Hay muchos en el mundo cristiano que sostienen que todo lo que se necesita para la salvación es tener fe; las obras nada son, lo único esencial es la fe. Pero la Palabra de Dios nos dice que la fe sola, sin obras, es muerta. Muchos rehúsan obedecer los mandamientos de Dios, mas hacen mucho hincapié en la fe. Empero la fe debe tener un fundamento. [47.1]

Todas las promesas de Dios son condicionales. Si hacemos su voluntad, si caminamos en la verdad, entonces podemos pedir lo que queramos, y nos será dado. Cuando tratamos fervorosamente de ser obedientes, Dios escucha nuestras peticiones; pero El no nos bendecirá si estamos en desobediencia. Si escogemos desobedecer sus mandamientos, podemos gritar “Fe, fe, solamente fe”, y la respuesta vendrá de la segura Palabra de Dios: “La fe sin obras es muerta”. Santiago 2:20. Una fe tal sólo será como metal que resuena y címbalo que retiñe. Para tener los beneficios de la gracia de Dios, debemos hacer nuestra parte; debemos trabajar fielmente y producir frutos dignos de arrepentimiento. [47.2]

Somos obreros juntamente con Dios. No hemos de sentarnos con indolencia, a la espera de alguna gran ocasión, para hacer una obra importante por el Maestro. No hemos de descuidar el deber que está directamente en nuestro camino, sino que hemos de aprovechar las pequeñas oportunidades que se presentan a nuestro alrededor... [47.3]

Luchar, trabajar y esforzarnos

Debemos hacer todo lo que está de nuestra parte para pelear la buena batalla de la fe. Debemos luchar, trabajar, esforzarnos y agonizar para entrar por la puerta estrecha. Debemos poner al Señor siempre delante de nosotros. Con manos limpias, con corazones puros, debemos tratar de honrar a Dios en todos nuestros caminos. Se ha provisto ayuda para nosotros por medio de Aquel que es poderoso para salvar. El espíritu de verdad y luz nos vivificará y renovará mediante sus misteriosas operaciones; porque todo nuestro progreso espiritual proviene de Dios, no de nosotros mismos. El obrero verdadero tendrá el poder divino en su ayuda, pero el indolente no será sostenido por el Espíritu de Dios. [48.1]

En un sentido somos librados a nuestras propias energías; debemos luchar con ahínco para ser celosos y arrepentirnos, para limpiar nuestras manos y purificar nuestros corazones de toda mancha; debemos alcanzar la norma más elevada, creyendo que Dios nos ayudará en nuestros esfuerzos. Si hemos de hallar, debemos buscar, y buscar con fe; debemos llamar, para que la puerta pueda abrirse ante nosotros. La Biblia enseña que todo lo referente a nuestra salvación depende de nuestro propio curso de acción. Si perecemos, la responsabilidad yacerá enteramente en nosotros mismos. Si se ha hecho provisión, y si aceptamos los términos de Dios, podemos apropiarnos de la vida eterna. Debemos acudir a Cristo con fe, debemos ser diligentes para hacer nuestra vocación y elección seguras. [48.2]

Se promete el perdón de los pecados al que se arrepiente y cree; la corona de vida será el galardón del que es fiel hasta el fin. Podemos crecer en la gracia desarrollándonos por medio de la gracia que ya tenemos. Debemos mantenernos sin mancha del mundo si hemos de ser hallados sin culpa en el día de Dios. La fe y las obras van de la mano; actúan armoniosamente en la empresa de alcanzar la victoria. Las obras sin fe son muertas, y la fe sin obras es muerta. Las obras jamás van a salvarnos; son los méritos de Cristo los que contarán en nuestro favor. Mediante la fe en El, Cristo hará que todos nuestros imperfectos esfuerzos sean aceptables para Dios. La fe que se requiere que tengamos no es una fe de no hacer nada; fe salvadora es la que obra por amor y purifica el alma. El que eleve a

Dios manos santas sin ira ni duda, caminará inteligentemente en la senda de los mandamientos de Dios. [48.3]

Si hemos de hallar perdón por nuestros pecados, primero debemos tener conciencia de lo que es el pecado, para que podamos arrepentirnos y producir frutos dignos de arrepentimiento. Debemos tener un fundamento sólido para nuestra fe; debe fundarse en la Palabra de Dios, y sus resultados se manifestarán en obediencia a la voluntad revelada de Dios. Dice el apóstol: “Sin... [santidad] nadie verá al Señor”. Hebreos 12:14. [49.1]

La fe y las obras nos mantendrán equilibrados y nos darán el éxito en la tarea de perfeccionar el carácter cristiano. Jesús dice: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos”. Mateo 7:21. Refiriéndose al alimento temporal, el apóstol dijo: “Porque también cuando estábamos con vosotros, os ordenábamos esto: Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma”. 2 Tesalonicenses 3:10. La misma regla se aplica a nuestra nutrición espiritual; si alguno ha de tener el pan de vida eterna, que haga esfuerzos para obtenerlo. [49.2]

Estamos viviendo en un período importante e interesante de la historia de esta tierra. Necesitamos más fe que la que hemos tenido hasta ahora; necesitamos un sostén más firme de lo alto. Satanás está obrando con todo poder para obtener la victoria sobre nosotros, porque sabe que no tiene sino un corto tiempo para trabajar. Pablo se esforzó con temor y temblor para obtener su salvación; ¿y no debíamos temer nosotros, no sea que permaneciendo aún la promesa alguno de nosotros parezca no haberla alcanzado, y nos demostremos indignos de la vida eterna? Deberíamos velar en oración, luchando con esfuerzo agonizante para entrar por la puerta estrecha. [50.1]

Jesús suple nuestra deficiencia

No hay excusa para el pecado o para la indolencia. Jesús ha señalado el camino, y desea que sigamos sus pisadas. El ha sufrido. El se ha sacrificado como ninguno de nosotros puede hacerlo, para poder poner la salvación a nuestro alcance. No necesitamos desanimarnos. Jesús vino a nuestro mundo para poner a disposición

del hombre el poder divino, a fin de que mediante su gracia pudiéramos ser transformados a su semejanza. [50.2]

Cuando está en el corazón el propósito de obedecer a Dios, cuando se realizan esfuerzos con ese fin, Jesús acepta esta disposición y esos esfuerzos como el mejor servicio del hombre, y suple la deficiencia con su propio mérito divino. Pero no aceptará a los que pretenden tener fe en El y sin embargo son desleales a los mandamientos de su Padre. Oímos hablar mucho acerca de la fe, pero necesitamos oír mucho más acerca de las obras. Muchos están engañando a sus propias almas al vivir una religión cómoda, complaciente, sin cruz. [50.3]

Pero Jesús dice: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”. Mateo 16:24. [50.4]

Advertencia contra una santificación espuria

De un informe de “El congreso en Suecia” de mediados de junio de 1886. Publicado en la Review and Herald, 5 de octubre de 1886.

Durante las reuniones de Orebro el Espíritu del Señor me urgió a presentar su ley como la gran norma de santidad y a advertir a la gente contra la moderna santificación espuria que tiene su origen en la adoración del yo en lugar de la sumisión a la voluntad de Dios. Este error está inundando el mundo rápidamente, y como testigos de Dios seremos llamados a dar un decidido testimonio contra él. Es uno de los engaños específicos de los postreros días y demostrará ser una tentación para todos los que creen en la verdad presente. Los que no tienen su fe firmemente establecida en la Palabra de Dios serán extraviados. Y la parte más triste de todo esto es que tan pocos de los que son engañados por este error hallan alguna vez el camino de regreso a la luz. [51.1]

La Biblia es la norma por medio de la cual se han de probar las pretensiones de todos los que profesan santificación. Jesús oró pidiendo que sus discípulos fueran santificados en la verdad, y dijo: “Tu palabra es verdad” (Juan 17:17); mientras el salmista declara: “Tu ley [es] la verdad”. Salmos 119:142. Todos los que son guiados por Dios manifestarán un elevado respeto por las Escrituras en las cuales se oye su voz. Para los tales la Biblia será “útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16, 17. “Por sus frutos los conoceréis”. Mateo 7:16. [51.2]

No necesitamos otra evidencia para juzgar la santificación de los hombres; si temen no estar obedeciendo la voluntad de Dios en su integridad, si escuchan diligentemente su voz, confiando en su sabiduría y haciendo de la Palabra de Dios su consejero, entonces, aunque no hacen alarde de una bondad superior, podemos estar seguros de que están tratando de alcanzar la perfección del carácter cristiano. Pero si los que pretenden ser santos hasta insinúan que ya no necesitan escudriñar las Escrituras, podemos declarar sin vacilación que su santificación es espuria. Se están inclinando ante su propio entendimiento en vez de conformarse a la voluntad de Dios. [52.1]

Qué exige Dios

Dios exige en la actualidad exactamente lo que exigió a la santa pareja en el Edén: obediencia perfecta a sus requerimientos. Su ley permanece inmutable en todas las edades. La gran norma de justicia presentada en el Antiguo Testamento no es rebajada en el Nuevo. No es la función del Evangelio debilitar las demandas de la santa ley de Dios, sino elevar a los hombres para que puedan guardar sus preceptos. [52.2]

La fe en Cristo que salva al alma no es lo que muchos presentan. “Cree, cree -es su pregón-; sólo cree en Cristo, y serás salvo. Es lo único que necesitas hacer”. La fe verdadera, a la vez que confía enteramente en Cristo para la salvación, conducirá a la perfecta conformidad con la ley de Dios. La fe se manifiesta en obras. Y el apóstol Juan declara: “El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él”. 1 Juan 2:4. [52.3]

Es inseguro confiar en sentimientos o impresiones; éstos no son guías confiables. La ley de Dios es la única norma correcta de santidad. Por esta ley será juzgado el carácter. Si alguien que busca la salvación preguntara: “¿Haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?”, los modernos maestros de la santificación contestarían: “Tan sólo cree que Jesús te salvará”. Pero cuando a Cristo se le formuló esta pregunta, dijo: “¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?” Y cuando el que preguntaba replicó: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón... y a tu prójimo como a ti mismo”, Jesús dijo: “Bien has respondido; haz esto, y vivirás”. Lucas 10:25-28. [52.4]

La verdadera santificación se evidenciará por una consideración concienzuda de todos los mandamientos de Dios, por un desarrollo cuidadoso de cada talento, por una conversación circunspecta, por revelar en cada acto la mansedumbre de Cristo. [53.1]

Una santificación que aleja de la Biblia

Una cantidad de personas presentes en esta asamblea se adherían a la teoría popular de la santificación, y al exponerse las demandas de la ley de Dios y mostrarse el verdadero carácter de este error, un hombre se sintió tan ofendido que se levantó abruptamente y se retiró de la sala de reuniones. Posteriormente supe que había venido de Estocolmo para asistir a la asamblea. En una conversación con uno de nuestros pastores, el hombre afirmó que era perfecto y dijo que no necesitaba la Biblia, porque el Señor le indicaba directamente qué tenía que hacer; él estaba muy por encima de las enseñanzas de la Biblia. ¿Qué puede esperarse de los que siguen sus propias imaginaciones en lugar de la Palabra de Dios, sino que serán engañados? Los tales desechan el único detector de errores, y ¿qué impedirá que el gran engañador los lleve cautivos a su voluntad? [53.2]

Este hombre representa una clase. La santificación espuria directamente aleja de la Biblia. La religión es reducida a una fábula. Sentimientos e impresiones se erigen en criterio. Mientras profesan ser impecables y se vanaglorian de su rectitud, los que presumen de santos enseñan que los hombres están en libertad de transgredir la ley de Dios y que los que obedecen sus preceptos han sido destituidos de la gracia. Una presentación de las demandas de la ley levanta su oposición y excita su ira y desprecio. De ese modo revelan su carácter, por cuanto “los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden”. Romanos 8:7. [54.1]

El verdadero seguidor de Cristo no hará jactanciosas proclamaciones de santidad. El pecador es convencido de pecado por la ley de Dios. Ve su propia pecaminosidad en contraste con la perfecta justicia que la ley prescribe, y esto lo lleva a la humildad y el arrepentimiento. Se reconcilia con Dios por medio de la sangre de Cristo; y al continuar caminando con El, obtendrá una comprensión más nítida de la santidad del carácter de Dios y de la naturaleza

trascendente de sus requerimientos. Verá más claramente sus propios defectos y sentirá la necesidad de un continuo arrepentimiento y una fe constante en la sangre de Cristo. [54.2]

El que lleva consigo un permanente sentido de la presencia de Cristo no puede entregarse a la confianza en sí mismo o a la justificación propia. Ninguno de los profetas o apóstoles formularon orgullosas pretensiones de santidad. Cuanto más se acercaron a la perfección del carácter, menos dignos y justos se vieron a sí mismos. Pero los que tienen la menor comprensión de la perfección de Jesús, cuyos ojos están menos dirigidos a Él, son los que pretenden con más vehemencia ser perfectos. [54.3]

Como saber si Dios esta guiando

Parte de una disertación matinal pronunciada en Copenhague. Dinamarca, el 21 de julio de 1886. titulada “Escudriñad las Escrituras”. Publicada en la Review and Herald, 3 de abril de 1888.

Ustedes se habrán encontrado, como yo, con personas que profesan ser santas, perfectas. Ahora bien, esta doctrina contiene una influencia maléfica. Tales personas les expondrán maravillosos ejercicios mentales para mostrarles que el Señor los está guiando e instruyendo. Entonces, ¿cómo pueden ustedes saber si el Señor los está guiando? Bueno, hay una forma de probarlo: “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido”. Isaías 8:20. [55.1]

Si se suscita la enemistad del corazón humano cuando se menciona al Señor, el gran Jehová, pueden saber que la persona no tiene comunión con Dios. La gente puede pretender que tiene gran fe en Jesús, y que no hay nada que uno pueda hacer sino que Cristo lo hará por uno. Ahora bien, cuando Cristo llame a los muertos, dependerá enteramente de nuestro curso de acción si será una resurrección para vida eterna o una resurrección para condenación. De esa manera ellos mezclan estas verdades completamente con el error, al punto de que no saben qué es verdad; y si se les pide que se sienten y escudriñen las Escrituras con uno para ver qué dice el Señor, nunca conocí un caso en el que la respuesta no fuera que ellos no tienen necesidad de escudriñar las Escrituras, porque el Señor les ha dicho qué tienen que hacer. [55.2]

La voz de Dios nos habla por medio de su Palabra, y hay muchas voces que vamos a oír; pero Cristo nos advirtió que debemos

cuidarnos de los que nos dijeron: “Aquí está el Cristo, o allí está”. Entonces, ¿cómo sabremos que los tales no tienen la verdad a menos que cotejemos cada cosa con las Escrituras? Cristo nos amonestó que estemos alerta de los falsos profetas que vendrán a nosotros en su nombre, diciendo que son el Cristo. Ahora, si ustedes toman la posición de que no tiene importancia que entiendan las Escrituras por sí mismos, estarán en peligro de ser extraviados por estas doctrinas. Cristo ha dicho que habrá muchos que en el día del juicio retributivo dirán: “Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?” Pero Cristo les responderá: “Apartaos de mí, hacedores de maldad”. Mateo 7:22, 23. [56.1]

Ahora bien, nosotros queremos entender qué es pecado: es la transgresión de la ley de Dios. Esta es la única definición que dan las Escrituras. Por consiguiente, vemos que los que pretenden ser guiados por Dios, pero se apartan de Él y de su ley, no escudriñan las Escrituras. Pero el Señor conducirá a su pueblo; porque El dice que sus ovejas lo seguirán si oyeren su voz, pero que no seguirán a un extraño. Entonces, nos resulta apropiado comprender cabalmente las Escrituras. Y no necesitaremos inquirir si otros tienen la verdad, porque se echará de ver en sus caracteres. [56.2]

Satanás obrará milagros

Se acerca el tiempo cuando Satanás obrará milagros directamente a la vista de ustedes, proclamando que él es Cristo; y si sus pies no están firmemente establecidos en la verdad de Dios, entonces ustedes serán apartados de su fundamento. La única seguridad para ustedes es buscar la verdad como a tesoros escondidos. Excaven en busca de la verdad como lo harían para hallar tesoros en la tierra, y presenten la Palabra de Dios, la Biblia, delante de su Padre celestial, y digan: “Ilumíname; enséñame qué es verdad”. [56.3]

Y cuando el Espíritu Santo entre en sus corazones, para grabar la verdad en sus almas, no la dejarán desvanecerse fácilmente. Ustedes han ganado tal experiencia en escudriñar las Escrituras que cada punto está consolidado. Y es importante que ustedes escudriñen en las Escrituras continuamente. Deberían llenar la mente con la Palabra de Dios; porque pueden ser aislados y colocados donde no tengan el privilegio de reunirse con los hijos de Dios. Entonces

querrán tener los tesoros de la Palabra de Dios guardados en sus corazones, y cuando la oposición se levante a su alrededor, necesitarán cotejar cada punto con las Escrituras. [57.1]

El pueblo que guarda los mandamientos

Parte de un sermón pronunciado en South Lancaster, Massachusetts, el 19 de enero de 1889, titulado “En El está la luz”. Publicado en la Review and Herald, 26 de febrero de 1889.

Todo el cielo ha estado observando con intenso interés a los que pretenden constituir el pueblo de Dios que guarda los mandamientos. He aquí los que deberían estar en condición de reclamar todas las ricas promesas de Dios; los que deberían avanzar de gloria en gloria y de fortaleza en fortaleza; los que deberían estar en situación de dar gloria a Dios por medio de las obras que realizan. Jesús ha dicho: “Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”. Mateo 5:16. [58.1]

Hemos recibido la rica bendición de Dios, pero no hemos de detenernos aquí. Debemos asir más y más los divinos rayos de luz del cielo. Debemos ponernos justamente donde podamos recibir la luz y reflejarla, con toda su gloria, en el sendero de otros. Nunca ha habido un tiempo en el cual pudiéramos sentir más ánimo y confianza en el trabajo que el actual. Hay muchos en nuestro mundo que no guardan los mandamientos de Dios ni hacen profesión alguna de guardarlos, y sin embargo reclaman todas sus bendiciones. Están deseosos de aceptar las promesas de Dios y de apropiarse de ellas, sin hacer caso de las condiciones sobre las cuales se basan. Los tales no tienen derecho a las bendiciones que pretenden. [58.2]

Pero los que guardan los mandamientos, ¿por qué no han de aferrarse a las promesas que han sido dadas a los hijos de Dios? Podemos ver la justicia de Cristo en la ley. En la cruz del Calvario,

“la misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron”. Salmos 85:10. Esta es la combinación que debería haber en nuestro trabajo. [58.3]

La verdad y la justicia deben ser presentadas con el amor de Dios como se manifestó en Jesús. ¡Qué pureza se verá entonces! ¡Cuán necesaria se revelará la purificación de toda contaminación moral! Entonces, cuando esto sea realizado, cuando contemplen la hermosura del Redentor, su misericordia y compasión, la contumacia de la voluntad que ha mantenido a tantos alejados de la luz, se desvanecerá por completo de sus almas. [59.1]

Cada uno de nosotros debe caer sobre la Roca y ser quebrantado. ¿Habrà alguno que mantendrá su obstinación? ¿Habrà alguno que se aferrará a su justificación propia? ¿Habrà alguno que no alcanzará a ver la hermosura de Cristo? ¿Hay aquí un corazón que no se subyugará por el amor de Jesús? ¿Retendrá alguno una partícula de amor propio? [59.2]

Necesitamos acercarnos aún más a Dios... ¿Por qué nuestros corazones han sido tan insensibles al amor de Dios? ¿Por qué hemos pronunciado juicios tan severos acerca de nuestro Padre celestial? Por la luz que el Señor me ha dado, sé que Satanás ha tergiversado a nuestro Dios en toda forma posible. Ha echado su diabólica sombra a través de nuestro camino, para que no percibamos a nuestro Dios como un Dios de misericordia, compasión y verdad. Por esto el hierro se ha introducido en nuestras almas. [59.3]

Además hemos hablado de la oscuridad que el diablo ha arrojado sobre nosotros, y nos hemos lamentado por nuestra situación; y al hacerlo, tan sólo hemos extendido la sombra a otras almas, de manera que eso que nos dañó a nosotros fue también un daño para ellos. Al pronunciar nuestras palabras de incredulidad, otros han sido envueltos en tinieblas y duda. [59.4]

No podemos permitirnos hacer esta obra. De ese modo ponemos a nuestro bondadoso Padre celestial en una luz falsa. Todo esto debe cambiar. Debemos recoger los rayos de verdad divina y permitir que nuestra luz ilumine el oscuro sendero de otros. La luz del cielo brilla para los que siguen a Cristo, la luz del mundo. “El que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”. Juan 8:12. [60.1]

¿Qué clase de recomendación de la religión de Cristo dan ustedes al mundo si andan quejándose y lamentándose, llenos de pesar? Los que guardan los mandamientos de Dios deberían hacer manifiesto que la verdad está santificando el alma, refinando y purificando los pensamientos, y elevando el carácter y la vida. Cristo murió para que la imagen moral de Dios pudiera ser restaurada en nuestras almas y pudiese reflejarse ante quienes nos rodean. [60.2]

Necesitamos beber más y más profundamente de la fuente de vida. Espero que ni un alma se sienta satisfecha sin hacer una obra completa para la eternidad, y que de ahora en adelante pueda verse, a la vez por precepto y por ejemplo, que ustedes son representantes de Cristo. Ustedes pueden tal vez dar un testimonio viviente: “Escuchen lo que el Señor ha hecho por mi alma”. El Señor está listo para impartir bendiciones aún mayores. [60.3]

El permitió que toda su benevolencia se manifestara delante de Moisés; proclamó ante él su carácter como un Dios lleno de misericordia, paciente y benigno -que perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado. Moisés había de representar este carácter ante el pueblo de Israel, y nosotros hemos de hacer lo mismo. [60.4]

Debemos salir a proclamar la bondad de Dios y a poner de manifiesto su verdadero carácter ante la gente. Debemos reflejar su gloria. ¿Hemos hecho esto en el pasado? ¿Hemos revelado el carácter de nuestro Señor por precepto y ejemplo? ¿No nos hemos unido a la obra del enemigo de las almas y representado erróneamente a nuestro Padre celestial? ¿No hemos estado juzgando a nuestros hermanos, criticando sus palabras y acciones? Entonces el amor de Dios no se ha entronizado en nuestras almas. Hagamos un cambio decidido. [61.1]

La calidad de nuestra fe

Sermón predicado por Elena G. de White en Ottawa, Kansas, el sábado 11 de mayo de 1889, apenas unos meses después del Congreso de Minneapolis, y que representa su enfoque sencillo y práctico del tema. Archivado como Manuscript 1, 1889.

Texto: Juan 3:1-16 (leído por la oradora). [62.1]

Si no hubiera nada más en todas las Escrituras que señalase definitivamente el camino al cielo, lo tenemos aquí en estas palabras. Nos dicen qué es la conversión. Nos indican qué debemos hacer para ser salvos. Y, mis amigos, quiero decirles que esto golpea directamente en la raíz de la obra superficial en el mundo religioso. Choca directamente con la idea de que uno puede llegar a ser un hijo de Dios sin experimentar ningún cambio especial. Si la verdad de Dios halla cabida en nuestros corazones, se produce en nosotros un cambio decidido, porque tiene un poder santificador sobre la vida y el carácter. Cuando veamos los frutos de la justificación en los que manifiestan poseer la verdad avanzada, como nosotros manifestamos tenerla, entonces habrá un curso de acción que dará testimonio de que hemos aprendido de Cristo. [62.2]

Cuando Cristo, la Esperanza de Israel, fue clavado en la cruz y levantado como le dijo a Nicodemo que lo sería, la esperanza de los discípulos murió con Jesús. Ellos no podían explicar la cuestión. No podían entender todo lo que Cristo les había dicho al respecto con anticipación. [62.3]

Pero después de la Resurrección, resucitaron su esperanza y su fe, y salieron a proclamar a Cristo y a Este crucificado. Contaron cómo el Señor de vida y gloria había sido tomado y crucificado por manos impías, y cómo había resucitado. Y así hablaron con gran

denuedo las palabras de vida ante las cuales la gente se admiraba sobremanera. [62.4]

Los fariseos y los que oyeron a los discípulos proclamar osadamente a Jesús como el Mesías, entendieron que ellos habían estado con Jesús y habían aprendido de Él. Hablaban tal como Jesús habló. Esto dejó en claro en las mentes de aquéllos, que los discípulos habían aprendido de Jesús. ¿Cómo ha sucedido con sus discípulos en todas las edades del mundo? Ciertamente, han aprendido de Jesús; han estado en su escuela; han sido sus alumnos y han aprendido las lecciones de Cristo respecto a la conexión viviente que el alma tiene con Dios. Esa fe viviente es esencial para nuestra salvación a fin de que nos aferremos de los méritos de la sangre del Salvador crucificado y resucitado -de Cristo, nuestra justicia. [63.1]

Parecería haber una atmósfera nubosa que se ha acumulado en torno del alma del hombre y que ha cerrado su mente. Es casi imposible abrirse paso a través de esta atmósfera de duda e incredulidad. Es casi imposible despertar sus intereses vitales a fin de que pueda comprender lo que necesita hacer para ser salvo. [63.2]

La sencillez de la salvación

El que se aferre de la justicia de Cristo no ha de esperar ni por un momento que él mismo podrá borrar sus propios pecados. No necesita aguardar hasta haber experimentado un arrepentimiento satisfactorio antes de poder apropiarse de la justicia de Cristo. No entendemos el tema de la salvación. Es tan sencillo como el ABC. Pero no lo entendemos. [63.3]

Ahora bien, ¿cómo es que se arrepiente el ser humano? ¿Es algo que proviene de sí mismo? No; porque el corazón natural está en enemistad con Dios. Entonces, ¿cómo puede el corazón natural despertar al arrepentimiento cuando no tiene poder para hacerlo? ¿Qué es lo que induce al hombre al arrepentimiento? Es Cristo Jesús. ¿Cómo induce al hombre al arrepentimiento? Hay mil maneras en que puede hacerlo. [63.4]

El Dios del cielo está obrando sobre las mentes humanas todo el tiempo. En la Palabra de Dios se formula una invitación, y no sólo se formula allí, sino también por medio de todos los que creen en Jesucristo y revelan a Cristo en sus caracteres. Tal vez no se acer-

quen directamente a una persona para hablarle respecto a su condición de impenitencia; sin embargo, tal persona percibe, cuando entra en relación con algún discípulo de Jesucristo, que allí hay algo que ella no posee. Los fariseos advirtieron que en los discípulos de Jesús había algo que ellos no podían entender. Percibieron algo maravilloso, y en sus mentes quedó claro que los discípulos habían estado escuchando a Jesús y que habían aprendido de Él sus lecciones. [64.1]

Hay impresiones que se producen todo el tiempo. Hay una atmósfera que rodea al alma humana, y esa atmósfera es una atmósfera celestial o una atmósfera infernal. No hay sino dos líneas diferentes. O estamos en esta materia del lado de Cristo o estamos del lado del enemigo. Y si continuamente extraemos rayos de la divina luz de gloria, los ángeles de Dios están a nuestro alrededor y hay una atmósfera que rodea al alma humana. Nuestra actitud, nuestras palabras, dan testimonio de una conversión genuina a todos los que entran en la esfera de nuestra influencia. “Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga”. [64.2]

Ahora que somos ramas de la Vid viviente seremos nutridos por la savia que fluye de la Vid. Fluye a todas las ramas todo el tiempo, y cada rama llevará fruto para la gloria de Dios. “A vuestro Padre le ha placido” “que llevéis mucho fruto”. Bien, entonces, ¿cuál es nuestra actitud? Debe ser una actitud de fe viva. [64.3]

No puede ser demostrado por el razonamiento

“Yo quiero -dice alguien- razonar este asunto”. Bien, razónalo si puedes. “El viento sopla de donde quiere”, y tú oyes su sonido, pero no puedes explicarlo. Y tampoco puedes explicar cómo obra Dios en el corazón humano. No puedes explicar esta fe que se aferra firmemente a los méritos de la sangre de un Salvador crucificado y resucitado para introducir la justicia de Cristo en tu vida. Cubierto con la justicia de Cristo y no con tu propia justicia, no dependerás de lo que puedes hacer o de lo que harás. ¿No sabes que nada puedes hacer sin Cristo? “Separados de mí -dice El- nada podéis hacer”. Juan 15:5. [65.1]

Cuando te sientas a la mesa, el alimento que comes es una expresión del amor de Cristo. Y al escuchar la verdad de las palabras de Dios pronunciadas desde el púlpito recibimos un mensaje que se envía a fin de proclamar para nosotros las palabras de vida. [65.2]

¿Quiénes entre ustedes han estado reuniendo todas las dudas e interrogantes que podían juntar y amontonar contra esta justicia de Cristo? ¿Quién ha estado haciendo esto? ¿De qué lado estás tú? [65.3]

¿Has estado asimilando las preciosas verdades, punto tras punto, así como han sido presentadas? ¿O has estado pensando en seguir tus propias ideas y opiniones, y lees y juzgas la Palabra de Dios por tus opiniones y teorías? ¿O cotejarás tus ideas y teorías con la Palabra de Dios permitiendo que los oráculos vivientes te revelen dónde están las deficiencias y * los defectos en tus ideas y teorías? No podemos tomar la posición de que juzgaremos la Palabra de Dios porque creímos tal y tal cosa. “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido”. Isaías 8:20. [65.4]

Si hubo alguna vez un pueblo que necesitó luz, es el que está viviendo en los días finales de la historia de esta tierra. Queremos saber qué dice la Escritura. Anhelamos allegarnos a los oráculos vivientes de Dios. Queremos esa fe viva que ase el brazo del poder infinito, y deseamos confiar con todo nuestro ser en Cristo Jesús nuestra justicia. Y podemos hacerlo. Sí, lo hacemos provechosamente para el interés de nuestra propia alma. [66.1]

Tú puedes unirme a la Vid viviente. Cada miembro de tu ser entero puede unirse a esa Vid, y la savia y el alimento que vienen de la vid nutrirán la rama que está en la Vid, hasta que seas uno con Cristo como El era uno con el Padre. De esa manera sus bendiciones te serán impartidas. Pero, hermanos, no hemos tenido fe. Hemos deshonrado a Dios con nuestra incredulidad demasiado tiempo. [66.2]

La fe del paralítico

Me referiré al paralítico que no había usado sus miembros por muchos años. Allí estaba. Los sacerdotes, los doctores de la ley y

los escribas examinaron su caso y lo declararon incurable. Le dijeron que por su propio pecado había caído en esa condición, y que no había esperanza para él. Pero le llegó la noticia de que había un hombre llamado Jesús que estaba realizando obras poderosas. Sanaba a los enfermos, y hasta había resucitado a los muertos. “Pero ¿cómo puedo ir a Él?” -preguntó. [66.3]

“Nosotros te llevaremos a Jesús -replicaron sus amigos-, ante su misma presencia; nos enteramos de que El ha venido a tal lugar”. [66.4]

Y así tomaron al hombre desahuciado y lo llevaron adonde sabían que estaba Jesús. Pero la multitud rodeaba tan apretadamente la casa donde se hallaba Jesús, que ellos ni tenían posibilidad de acercarse a la puerta. ¿Qué iban a hacer? El paralítico sugirió que sacaran las tejas e hicieran una abertura en el techo, y lo bajaran por allí. [67.1]

Y así puso de manifiesto su ferviente fe. Ellos lo hicieron, y él fue colocado justamente delante de Jesús, donde el Señor podía verlo. Y Jesús, al mirarlo, tuvo compasión de él, y dijo: “Hijo, tus pecados te son perdonados”. Marcos 2:5. Bien, ¡qué gozo significaba eso! Jesús sabía exactamente qué necesitaba esa alma agobiada por el pecado. Sabía que el hombre había sido torturado por su propia conciencia, así que le dijo: “Tus pecados te son perdonados”. ¡Qué alivio para la mente del paralítico! ¡Qué esperanza llenó su corazón! [67.2]

Entonces las sospechas se suscitaron en los corazones de los fariseos: “¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?” [67.3]

Jesús les dijo entonces: “Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa”. Lucas 5:24. ¿Qué, tomar el lecho con sus brazos lisiados? ¿Qué, ponerse en pie, con sus piernas paralíticas? ¿Qué hizo? Pues, hizo exactamente lo que se le ordenó. Hizo lo que el Señor le dijo que hiciera. La fuerza de la voluntad fue dirigida a mover sus piernas y brazos tullidos, y éstos respondieron, aun cuando no habían respondido por largo tiempo. Esta manifestación demostró delante de la gente que allí había Uno, en medio de ellos, que no sólo podía perdonar pecados sino también sanar a los enfermos. [67.4]

Pero esa poderosa evidencia dada a los fariseos no los convirtió. Los hombres pueden encerrarse de tal manera en la incredulidad, la duda y el escepticismo, que ni la resurrección de los muertos los convencería. Por causa de su incredulidad, se mantendrían en la misma actitud de descreimiento, impenitentes, inconversos. Pero todos los que tienen corazones dispuestos para recibir la verdad y oídos para oír, glorifican a Dios. Los tales exclaman: “¡Nunca antes lo habíamos visto de este modo!” [68.1]

La respuesta al lisiado de Betesda

Allí estaba el lisiado, y cuando Cristo le habló, el hombre le contó la triste historia de cómo, en cuanto se disponía a descender al agua para ser sanado, otro descendía antes que él. Cristo le preguntó: “¿Quieres ser sano?” Juan 5:6. ¡Qué pregunta! Por ese motivo estaba allí; pero Cristo quería suscitar en el corazón de ese hombre la expresión del deseo de ser sanado. Y cuando Cristo le mandó que se levantara, tomara su lecho y caminase, hizo exactamente lo que Cristo le indicó que hiciera. No dijo: “¡Qué, he estado aquí treinta años y no he dado un paso en todo ese tiempo!” No se detuvo a argumentar, sino que hizo exactamente lo que se le ordenó. Tomó su lecho y caminó, y fue sanado a partir de ese momento. [68.2]

Esta es la fe que necesitamos. Pero si tú te detienes a explicar cada cosa y a razonar cada punto, morirás en tus pecados, porque nunca estarás satisfecho. [68.3]

La serpiente de bronce

He aquí otro caso que Cristo presentó ante Nicodemo -la serpiente que fue levantada en el desierto- y declaró: “Así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado”. Juan 3:14. Y si fuere levantado, atraería hacia El a todos los hombres, “para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Vers. 15. Ahora, tan sólo miren a esa serpiente de bronce. Los hijos de Israel no se habían percatado de que Dios los había estado cuidando por medio de sus ángeles, enviados para ayudarlos y protegerlos. El pueblo no había sido diezmado por las serpientes en sus largos viajes por el desierto. Fue un pueblo ingrato. [68.4]

También lo somos nosotros. No nos damos cuenta de los miles de peligros de los cuales nos ha guardado nuestro Padre celestial. No percibimos la gran bendición que El derrama sobre nosotros al darnos alimento y ropa, y al preservar nuestras vidas enviando a los ángeles guardianes para que nos cuiden. Cada día deberíamos agradecer por esto. Nuestros corazones deberían vibrar de agradecimiento, y deberíamos acudir a Dios todos los días con una ofrenda de gratitud. Deberíamos reunirnos cada día en torno del altar de familia y alabar al Señor por su cuidado sobre nosotros. Los hijos de Israel habían perdido de vista que Dios los estaba protegiendo de los animales ponzoñosos. Pero cuando El retiró su mano protectora, el aguijón se abatió sobre ellos. [69.1]

¿Entonces qué? Pues, Cristo mismo le dijo a Moisés que erigiera un asta e hiciese una serpiente de bronce, la colocara en esa asta y la levantase a la vista de los israelitas, para que todo el que la mirara, pudiese vivir. No tenían un gran trabajo que hacer. Tenían que mirar, porque Dios lo dijo. [69.2]

Ahora bien, supongamos que ellos se hubieran detenido a razonarlo, diciendo: “¡Qué, no puede ser que por mirar a esa serpiente de bronce seremos curados! ¡No hay vida en ella!” Pero la mirada de fe sí los curó, exactamente como Dios les había dicho que sucedería. Los que miraron, vivieron. Los que se detuvieron a argumentar y a explicarlo, murieron. [69.3]

¿Qué hemos de hacer nosotros? Mirar y vivir. “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado”. Juan 3:14. ¿La razón? Que todo aquel que lo mire, “no se pierda, mas tenga vida eterna”. Juan 3:16. [70.1]

¿Qué clase de fe es ésta? ¿Es simplemente creer, o es una fe de aceptación? Aquí hay muchos que tienen esa clase de fe. Tú crees que Jesús era el Hijo de Dios; pero ¿tienes una fe personal respecto a tu propia salvación? ¿Crees que Jesús es tu Salvador, que El murió en la cruz del Calvario para redimirte, que te ha ofrecido el don de la vida eterna si crees en El? [70.2]

Esto es la justificación por la fe

¿Y qué es creer? Es aceptar plenamente que Jesucristo murió como nuestro sacrificio; que El se hizo maldición por nosotros, que

tomó nuestros pecados sobre sí mismo, y nos imputó su propia justicia. Por eso reclamamos esta justicia de Cristo, creemos en ella, y es nuestra justicia. El es nuestro Salvador. Nos salva porque dijo que lo haría. ¿Hemos de participar en todas las discusiones en cuanto a cómo puede salvarnos? ¿Tenemos en nosotros mismos la bondad que nos hará mejores y que nos limpiará de las manchas y las tachas del pecado, habilitándonos entonces para acudir a Dios? Nosotros simplemente no podemos hacerlo. [70.3]

¿No saben que cuando el joven rico se acercó a Cristo y le preguntó qué debía hacer para tener la vida eterna, Cristo le dijo que guardara los mandamientos? El joven contestó: “Todo esto lo he guardado”. Pero el Señor quería que entendiera que esta lección se aplicaba a él. “¿Qué más me falta?” Mateo 19:20. No percibía que había algo que se refería a él, o por qué no había de tener la vida eterna. “Lo he guardado”, dijo. Ahora Cristo toca el punto débil de su corazón. Dice: “Ven, sígueme, y tendrás vida”. [70.4]

¿Qué hizo el joven? Se alejó muy triste, porque tenía muchas posesiones. [71.1]

Ahora bien, él no había guardado los mandamientos en absoluto. Debería haber aceptado a Jesucristo como su Salvador, y haberse asido de su justicia. Entonces, al poseer la justicia de Cristo, hubiera podido guardar la ley de Dios. El joven magistrado no podía hollar la ley. Debía respetarla; debía amarla. Entonces Cristo habría aportado el poder divino para combinarlo con los esfuerzos humanos. [71.2]

Cristo tomó sobre sí la humanidad por nosotros. Revistió su divinidad, y la divinidad y la humanidad se combinaron. Mostró que la ley que Satanás declaró que no podía guardarse, sí podía guardarse. Cristo tomó la humanidad para estar aquí en nuestro mundo, a fin de mostrar que Satanás había mentido. Tomó la humanidad sobre sí para demostrar que con la divinidad y la humanidad combinadas, el hombre podía guardar la ley de Jehová. Si separan la humanidad de la divinidad, ustedes pueden tratar de labrar su propia justicia desde ahora hasta que Cristo venga, y no lograrán otra cosa que un fracaso. [71.3]

Mediante una fe viva, por medio de la ferviente oración a Dios y dependiendo de los méritos de Jesús, somos revestidos con su jus-

ticia, y somos salvados. “Oh, sí -dicen algunos-, somos salvados sin hacer nada. En realidad, soy salvo. No necesito guardar la ley de Dios. Soy salvo por la justicia de Cristo Jesús”. Cristo vino a nuestro mundo a fin de llevar a todos los hombres de regreso a la lealtad a Dios. Tornar la posición de que puedes quebrantar la ley de Dios, porque Cristo lo ha hecho todo, es una posición de muerte, porque tú eres tan ciertamente un transgresor como cualquiera. [71.4]

¿Entonces qué es? Es oír y ver que con la justicia de Cristo que ases por fe, la justicia provista por los esfuerzos de Cristo y por su poder divino, puedes guardar los mandamientos de Dios. [72.1]

Nadie será salvado en la indolencia

Ahora bien, nosotros queremos esa fe. Pero ¿será el hombre salvado en la indolencia? ¿Puede ser salvado sin hacer nada? ¡Jamás, jamás! El debe ser un colaborador de Jesucristo. No puede salvarse a sí mismo. “Nosotros somos colaboradores de Dios” 1 Corintios 3:9. ¿Y cómo es esto? Todo el cielo está trabajando para elevar a la raza humana de la degradación del pecado. Todo el cielo está abierto para los habitantes de la tierra. Los ángeles de Dios son enviados a ministrar a los que han de ser herederos de salvación. “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”. Filipenses 2:13. [72.2]

Y es esa fe que obra la que ustedes quieren. ¿De qué manera obra? Obra por amor. ¿Qué amor? Pues, el amor que fulgura de la cruz del Calvario. Se levanta a mitad de camino entre la tierra y el cielo, y la salvación se obtiene mirando a esta cruz. El Padre la aceptó, y la hueste angélica se allegó hasta esa cruz, y Dios mismo se inclinó aceptando el sacrificio. Satisface la exigencia del Cielo, y el hombre puede ser salvo por medio de Jesucristo, si sólo tiene fe en El. El hombre es reconciliado con Dios, y Dios con el hombre, mediante el sacrificio pleno y perfecto y completo. [72.3]

Ahora bien, hermanos, queremos fe; queremos educar el alma en la fe; queremos que cada paso sea un paso de fe. Queremos fe en este sacrificio que ha sido hecho por nosotros. “La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron”. Salmos 85:10. Ahora, cuando vemos un rayo de luz queremos hacerlo

nuestro. El diablo está trabajando contra esto todo el tiempo. Jesucristo en la cruz del Calvario da testimonio de la fe que obra por amor. Es el amor que El ha manifestado por mi alma. Cristo ha muerto por mí. El me ha adquirido a un costo infinito, y ha expiado todo lo que es ofensivo a Dios. Debo ser un colaborador suyo. Debo tomar su yugo sobre mí. Debo llevar el yugo de Cristo. Debo levantar sus cargas. Debo enseñar a otros cómo elevarse del estado pecaminoso en que me hallaba, y cómo asir por medio de una fe viva la justicia que es en Cristo Jesús. Esa es la única manera como el pecador puede ser salvado. [72.4]

No pueden salvarse a sí mismos

Ahora bien, ustedes pueden aferrarse a su propia justicia, y pueden pensar que han tratado de hacer lo correcto, y que, después de todo, con esto serán salvos. No pueden ver que Cristo lo hace todo. “Debo arrepentirme primero -dicen algunos-. Debo avanzar hasta aquí por mí mismo, sin Cristo, y entonces Cristo sale a mi encuentro y me acepta”. [73.1]

Ustedes no pueden tener un pensamiento sin Cristo. No pueden tener la inclinación de acudir a Él a menos que El ponga en movimiento influencias e impresione su Espíritu en la mente humana. Y si hay un hombre sobre la faz de la tierra que tiene alguna inclinación hacia Dios, es a causa de las muchas influencias que se han puesto en acción dirigidas a su mente y corazón. Esas influencias invitan a la lealtad a Dios y al aprecio de la gran obra que Dios ha hecho por él. [73.2]

Por consiguiente, jamás digamos que podemos arrepentirnos por nosotros mismos, y entonces Cristo perdonará. No, por cierto. Es la gracia de Dios la que perdona. Es el favor de Dios lo que nos conduce mediante su poder al arrepentimiento. Por lo tanto, todo proviene de Jesucristo, todo pertenece a Él, y uno quiere simplemente dar gloria a Dios. ¿Por qué no responden más cuando se encuentran los unos con los otros en las reuniones? ¿Por qué no manifiestan la influencia vivificante del Espíritu de Dios cuando el amor de Jesús y su salvación les son presentados? Es porque no perciben que Cristo es primero y postrero y supremo, el Alfa y la Omega, principio y fin, el mismísimo Autor y Consumador de nuestra fe. No comprenden esto, y por ende permanecen en sus pe-

cados. ¿Por qué sucede esto? Porque Satanás está aquí luchando y batallando por las almas de los hombres. El arroja su sombra diabólica precisamente a través de nuestro camino, y lo único que uno puede ver es al enemigo y su poder. [73.3]

Aparten la mirada de su poder y diríjanla hacia Uno que es poderoso para salvar hasta lo sumo. ¿Por qué su fe no se abre paso a través de la sombra hacia donde está Cristo? El ha llevado cautiva la cautividad y ha repartido dones a los hombres. El les enseñará que Satanás reclama como su propiedad cada alma que no se une a Cristo. [74.1]

El punto crucial en la gran controversia

Satanás es el autor de la muerte. ¿Qué hizo Cristo después de someter a Satanás bajo el dominio de la muerte? Las últimas palabras de Jesús, cuando expiraba en la cruz, fueron: “Consumado es”. Juan 19:30. El diablo comprendió que se había excedido. Por su muerte, Cristo aseguró la muerte de Satanás y dio a luz la inmortalidad. [74.2]

Y después que Cristo resucitó, ¿qué hizo? Asumió su poder y empuñó su cetro. Abrió las tumbas y sacó a una multitud de cautivos, dando testimonio ante todo nuestro mundo y ante la creación entera de que tenía poder sobre la muerte y de que rescataba a los cautivos de la muerte. [74.3]

No todos los que creyeron en Jesús fueron resucitados en ese momento. Era solamente una muestra de lo que vendría, para que nosotros pudiéramos saber que la muerte y el sepulcro no han de retener a los cautivos, porque Cristo los llevó al cielo. Y cuando El regrese con poder y gran gloria, abrirá los sepulcros. La prisión será abierta, y los muertos vivirán nuevamente, revestidos de gloriosa inmortalidad. [75.1]

He aquí los trofeos que Cristo tomó consigo y presentó ante el universo del cielo y de los mundos que Dios ha creado. Cualquier afecto que alguna vez hayan sentido por Lucifer, que era el querubín cubridor, ahora está destruido. Dios le dio una oportunidad de forjar su carácter. Si no hubiera hecho esto, habría habido quienes sintieran que la acusación que él levantó contra Dios -de que no le dio una oportunidad justa- era fundada. [75.2]

El Príncipe de Vida y el príncipe de las tinieblas estaban en conflicto. El Príncipe de Vida prevaleció, pero a un costo infinito. Su triunfo es nuestra salvación. El es nuestro Sustituto y Garante, y lo que El dice al que venciere indica si el hombre tiene algo que hacer o no. ¿De qué manera? “Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono”. Apocalipsis 3:21. [75.3]

La porción del vencedor

¿No tuvo nuestro Salvador algo que vencer? ¿No libró la batalla con el príncipe de las tinieblas hasta que fue vencedor en cada punto? Entonces dejó la obra directamente en las manos de sus seguidores. Tenemos algo que hacer. ¿Acaso no tenemos la porción del vencedor, para trabajar en pos de la victoria y obtenerla? ¿No hemos de proseguir paso a paso en conocer al Señor, hasta que veamos que como el alba está dispuesta su salida? Su luz brillará hasta que lleguemos a la luz más brillante. Al suplicar al Dios del cielo, ustedes la captarán y proseguirán y recogerán luz más brillante de los oráculos de Dios. [75.4]

Jacob cayó en la trampa. Defraudó a su hermano por la primogenitura. Al luchar con Cristo, sus pecados se presentaron ante él. Y el ángel luchó con él y le dijo: “Déjame”; y Jacob respondió: “No te dejaré, si no me bendices”. Génesis 32:26. [76.1]

¿Harán ustedes eso? ¿Lucharán con Dios en esta reunión hasta saber que El se revela a ustedes? Hay pecados que afligen sus almas; sus pecados los agobian. ¿Dirán: “Ahora, Señor, debo tener el perdón escrito enfrente de mi nombre”, y lucharán y alegarán con Dios, apoyándose en la justicia de Cristo? “El debe salvar; yo creo en El; le tomo la palabra”. Ahora, hermanos, ¿qué haremos? [76.2]

Jacob obtuvo la victoria, y ese día le fue cambiado el nombre. Fue cuando él prevaleció con Dios. Estoy tan agradecida de que Dios ha preparado un camino para que podamos tener plena y gratuita salvación. No necesitamos mirar las tinieblas que Satanás arroja en nuestra senda. El quisiera eclipsar a nuestra vista el cielo, y a Jesús, y la luz y el poder del cielo, y nosotros seguimos hablando del poder de Satanás. Pero no necesitamos hablar de eso. Isaías lo presenta de esta manera: “Un niño nos es nacido, hijo nos es da-

do, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz”. Isaías 9:6. ¿No está eso diciendo que yo y mi Padre somos uno? [76.3]

Dios nos ayude, hermanos, a despertar y sacudirnos ahora, para hacer tanto como el paralítico, tanto como el lisiado de Betesda y tanto como el hombre con el brazo tullido. Ellos hicieron exactamente lo que se les indicó. Dios nos ayude a creer en el Hijo de Dios y que El puede salvarnos hasta lo sumo, y tendremos vida eterna. [76.4]

Pero muchos de ustedes actúan como si no hubiera suficiente vitalidad en sus almas para responder a la verdad. Algunos de ustedes actúan como si pensaran que Jesús estuviese encerrado en el sepulcro nuevo de José. El no está allí. Ha resucitado, y hoy tenemos un Salvador viviente que está intercediendo por nosotros. [77.1]

Entonces hablen de su amor, hablen de su poder, alábenlo. Si tienen voz para decir cosa alguna, hablen de Dios, hablen del cielo, hablen de la vida eterna. He oído a personas que en sus hogares hablan en voz tan alta que sus vecinos pueden escucharlos, pero que en las reuniones se levantan y musitan unas pocas palabras que no se alcanzan a entender. Ustedes quieren mostrar que han estado aprendiendo en la escuela de Cristo y que han estado progresando. “Con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”. Romanos 10:10. ¿Cuántos creen en las verdades que han escuchado hoy? ¿Quieren esperar algunos meses antes de reconocer que hay luz en ellas? ¿Quieren detenerse a razonar punto por punto? Morirán antes de que llegue ese momento. [77.2]

Créanlo porque Dios lo dice

Créanlo porque es la verdad, porque Dios lo dice, y confíen en la sangre meritoria de un Salvador crucificado y resucitado. El es su única esperanza, su justicia, su Sustituto y Garante, su todo en todos. Cuando ustedes comprenden eso, sólo pueden traerle una ofrenda de alabanza. Pero cuando no están dispuestos a allegarse a Cristo y reconocer que El lo hace todo, cuando sienten que primero tienen que dar algunos pasos y avanzar hasta cierto punto, y que

entonces Dios les saldrá al encuentro, eso es exactamente como la ofrenda de Caín. El no conoció a Jesús, y no comprendió que la sangre de Jesús podía limpiar sus pecados y hacer su ofrenda aceptable a Dios. Hay más de un Caín, con ofrendas espurias y sacrificios impuros, sin la sangre de Jesús. Ustedes deben acudir a Jesucristo a cada paso. Con la sangre de Jesús y su poder purificador, presenten sus peticiones a Dios, oren a Él con fervor, y estudien sus Biblias como nunca antes. [77.3]

La pregunta es: “¿Qué es verdad?” No son los muchos años que uno haya creído algo, los que hacen que esa creencia sea la verdad. Ustedes deben comparar su credo con la Biblia, y permitir que la luz de la Biblia defina su credo y les muestre en qué es insuficiente y dónde está la dificultad. La Biblia debe ser su estandarte, los oráculos vivientes de Jehová deben ser su guía. Deben excavar en busca de la verdad como por tesoros escondidos. Tienen que descubrir dónde está el tesoro, y entonces remover cada pulgada de ese terreno para obtener las joyas. Tienen que laborear las minas de la verdad en busca de nuevas gemas, de nuevos diamantes, y los hallarán. [78.1]

Ustedes saben lo que ocurre con el poder papal. La gente no tiene el derecho de interpretar por sí misma las Escrituras. Alguna otra persona debe interpretar las Escrituras para ellos. ¿No tienen ustedes mente? ¿No tienen razonamiento? ¿No ha dado Dios juicio a la gente común tanto como a los sacerdotes y magistrados? Cuando Cristo, el Señor de vida y gloria, vino a nuestro mundo, si lo hubieran conocido, nunca lo habrían crucificado. Dios les había dicho que escudriñaran las Escrituras: “A vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí”. Juan 5:39. [78.2]

Dios nos ayude a ser estudiantes de la Biblia. Hasta que puedas ver la razón por ti mismo y un “así dice el Señor” en las Escrituras, no confíes a hombre alguno la tarea de interpretar la Biblia para ti. Y cuando puedas ver esto, lo comprendes por ti mismo, y sabes que es la verdad de Dios. Dirás: “Lo he leído, lo he visto, mi propio corazón lo hace suyo, y es la verdad que Dios me ha hablado por medio de su Palabra”. Ahora bien, esto es lo que debemos ser: cristianos individuales. Necesitamos tener una experiencia individual, personal. Necesitamos ser convertidos, como lo necesitaban los

judíos. Si ves una lucecita, no debes retroceder y decir: “Aguardaré hasta que mis hermanos la hayan visto”. Si lo haces, continuarás en las tinieblas. [79.1]

Dios nos ayude a tener un conocimiento de la verdad, y si has visto la verdad de Dios, prosigue hacia la luz y deja las barreras detrás de ti. No hagas de la carne tu brazo, mas ten una experiencia viviente por ti mismo, y entonces tu rostro resplandecerá con la gloria de Dios. Has caminado con Él, y El te ha sostenido. Has luchado y alegado con Él, y El ha hecho resplandecer su luz sobre ti. [79.2]

Hablar de la fe, vivir la fe, actuar por fe

Ahora, hermanos, ustedes se han adiestrado de tal manera en dudas e interrogantes que tienen que educar sus almas en la línea de la fe. Tienen que hablar de la fe, vivir la fe, actuar por fe, para que puedan crecer en la fe. Ejercitando esa fe viviente, crecerán hasta ser hombres y mujeres fuertes en Cristo Jesús. Dios conceda que esta reunión que estamos celebrando pueda ser una reunión donde el Sol de justicia se levante sobre ustedes y brille en sus corazones con sus rayos más diáfanos, haciendo de todos ustedes luces en el mundo. [79.3]

Ustedes pueden ser exactamente lo que Cristo dijo que sus discípulos deberían ser: “La luz del mundo”. Mateo 5:14. Ustedes deberían esparcir a otros esa luz, esperanza y fe. No deben marchar en su servicio quejándose, como si Él fuera un capataz duro que pone sobre ustedes cargas que no pueden llevar. Este no es el caso. El quiere que ustedes estén llenos de gozo, llenos de la bendición de Dios, a fin de que conozcan la longitud y la anchura y la altura y la profundidad del amor de Dios, que excede todo conocimiento. Cuando se menciona su nombre, El quiere que haga vibrar la cuerda tónica y sus corazones responderán. Entonces podrán ofrecer acción de gracias y gloria y honor y alabanza a Aquel que se sienta en el trono y al Cordero. [80.1]

Deberían aprender a cantar ese cántico aquí; y cuando sean transformados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, sabrán exactamente dónde entonar el cántico de triunfo con los ángeles celestiales y con los santos redimidos. Hemos de hacer que las

bóvedas celestiales resuenen entonces con alabanza y gloria. Pero hagamos que las bóvedas resuenen aquí. Despierte este lugar alabanza en sus corazones. Mientras están en esta tierra contemplen los árboles majestuosos, la alfombra de terciopelo verde, y permitan que la alabanza surja en sus corazones. Alaben a Dios porque tenemos el privilegio de estar en este mundo, hermoso como es. Nos dirigimos a un lugar mejor. Esta tierra va a ser purificada, fundida, y hecha sin pecado. [80.2]

¿No tenemos todo lo necesario para que nuestras mentes estén dirigidas al cielo? ¿No tenemos todo lo necesario para hacernos salir de esta mundanalidad y sensualidad, esta charla barata y sin sentido, estas bromas y chanzas, este falso testimonio, charlatanería y suposiciones malignas? ¡Pongan todo eso a un lado! ¡Es una desgracia para la iglesia! La enferma y debilita. [80.3]

Sea nuestra conversación santa. Como Dios es santo en su esfera, seamos santos en la nuestra. Regocijémonos en el precioso Salvador, que murió para redimirnos, y reflejemos la gloria a Dios. Unámonos con el cielo en nuestras alabanzas aquí y unámonos a los cánticos de los ángeles celestiales en la ciudad de nuestro Dios. [81.1]

Informe de Elena G. de White sobre la reacción al sermón de Ottawa

Informe del congreso anual celebrado en Ottawa, Kansas, publicado en la The Review and Herald, 23 de julio de 1889 y en Mensajes Selectos 1:416-420.

En la reunión de Kansas, mi oración a Dios fue que el poder del enemigo pudiera ser quebrantado y que el pueblo que había estado en tinieblas pudiera abrir su corazón y mente al mensaje que Dios le enviara, que pudiera ver la verdad, nueva para muchas mentes, como una verdad antigua en un marco nuevo. La comprensión del pueblo de Dios ha sido cegada, pues Satanás ha distorsionado el carácter de Dios. Nuestro bueno y bondadoso Señor ha sido presentado delante de la gente revestido de los atributos de Satanás, y hombres y mujeres que han estado buscando la verdad, han considerado a Dios durante tanto tiempo bajo un aspecto falso, que es difícil despejar la nube que oscurece a la vista de ellos la gloria de Dios. Muchos han estado viviendo en una atmósfera de dudas, y parece casi imposible que se aferren de la esperanza presentada ante ellos en el Evangelio de Cristo... [82.1]

Durante el sábado, se presentaron verdades que eran nuevas para la mayoría de la congregación. Cosas nuevas y viejas fueron extraídas del tesoro de la Palabra de Dios. Se revelaron verdades que la gente apenas podía comprender y aplicar. La luz brilló de los oráculos de Dios en relación con la Ley y el Evangelio, en relación con el hecho de que Cristo es nuestra justicia, lo cual pareció a las

almas que estaban hambrientas de la verdad como una luz demasiado preciosa para ser recibida. [82.2]

Pero las labores del sábado no fueron en vano. El domingo de mañana hubo una manifiesta evidencia de que el Espíritu de Dios estaba efectuando grandes cambios en la condición espiritual y moral de los congregados. Hubo una entrega de la mente y del corazón a Dios, y dieron preciosos testimonios los que habían estado mucho tiempo en tinieblas. Un hermano habló de la lucha que había experimentado antes de que pudiera recibir las buenas nuevas de que Cristo es nuestra justicia. El conflicto fue difícil, pero el Señor estaba obrando en él y su mente fue transformada y su fortaleza renovada. El Señor le presentó la verdad en forma clara, revelándole el hecho de que sólo Cristo es la fuente de toda esperanza y salvación. “En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres”. “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”. Juan 1:4, 14. [83.1]

Uno de nuestros jóvenes ministros dijo que había disfrutado más de la bendición y el amor de Dios durante esa reunión que en toda su vida hasta ese momento. Otro declaró que las pruebas, las perplejidades y los conflictos que había soportado en su mente habían sido de tal naturaleza que se había visto tentado a renunciar a todo. Había sentido que no había esperanza para él, a menos que pudiera obtener más de la gracia de Cristo, pero que mediante la influencia de las reuniones había experimentado un cambio de corazón y tenía un conocimiento mejor de la salvación mediante la fe en Cristo. Comprendió que tenía el privilegio de ser justificado por la fe. Quedó en paz con Dios y, con lágrimas, confesó qué alivio y bendición había recibido en su alma. En todas las reuniones sociales se dieron muchos testimonios en cuanto a la paz, el consuelo y el gozo que los hermanos habían encontrado al recibir la luz. [83.2]

Agradecemos al Señor de todo corazón porque tenemos una preciosa luz que presentar ante la gente, y nos regocijamos porque tenemos un mensaje para este tiempo que es verdad presente. Las nuevas de que Cristo es nuestra justicia han proporcionado alivio a muchísimas almas, y Dios dice a su pueblo: “Avanza”. El mensaje a la Iglesia de Laodicea se aplica a nuestra condición. Cuán claramente se describe la posición de los que creen que tienen toda la

verdad, que se enorgullecen de su conocimiento de la Palabra de Dios, al paso que no se ha sentido en su vida el poder santificador de ella. Falta en su corazón el fervor del amor de Dios, pero precisamente ese fervor del amor es lo que hace que el pueblo de Dios sea la luz del mundo. [84.1]

El mensaje a Laodicea

El Testigo fiel dice de una iglesia fría, sin vida y sin Cristo: “Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca”. Apocalipsis 3:15, 16. Tomen buena nota de las siguientes palabras: “Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y *no sabes* que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo”. Vers. 17. Aquí se representa a los que se enorgullecen de sí mismos por su posesión de conocimiento y superioridad espirituales. Pero no han respondido a las bendiciones inmerecidas que Dios les ha conferido. Han estado llenos de rebelión, ingratitud y olvido de Dios; y todavía Él los ha tratado como un padre amante y perdonador trata a un hijo ingrato y descarriado. Han resistido a su gracia, han abusado de sus privilegios, han menospreciado sus oportunidades y se han conformado con hundirse en la satisfacción, en la lamentable ingratitud, el formalismo vacío y la insinceridad hipócrita. Con orgullo farisaico han alardeado de sí mismos hasta que se ha dicho de ellos: “Tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad”. [84.2]

¿No ha enviado acaso el Señor Jesús mensaje tras mensaje de reproche, de amonestación, de súplica a estos que están satisfechos de sí mismos? ¿No han sido despreciados y rechazados sus consejos? ¿No han sido tratados con menosprecio sus mensajeros delegados, y han sido recibidas sus palabras como fábulas ociosas? Cristo ve lo que no ve el hombre. Ve los pecados que, si no son borrados por el arrepentimiento, agotarán la paciencia de un Dios tolerante. Cristo no puede aceptar los nombres de los que están satisfechos en su suficiencia propia. No puede instar a favor de un pueblo que no siente necesidad de ayuda, que pretende conocer y poseer todo. [85.1]

El gran Redentor se representa a sí mismo como un comerciante celestial, cargado de riquezas, que llama de casa en casa presentando sus mercaderías incomparables, y diciendo: “Yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”. Apocalipsis 3:18-20. [85.2]

Consideremos nuestra condición delante de Dios. Hagamos caso del consejo del Testigo fiel. Ninguno de nosotros esté lleno de prejuicios como estuvieron los judíos, de modo que la luz no entre en nuestro corazón. Que no sea necesario que Cristo diga de nosotros como dijo de ellos: “No queréis venir a mí para que tengáis vida”. Juan 5:40. [85.3]

En cada reunión, a partir del congreso de la Asociación General, algunas almas han aceptado ávidamente el precioso mensaje de la justificación en Cristo. Agradecemos a Dios porque hay almas que comprenden que necesitan algo que no poseen: el oro de la fe y el amor, el manto blanco de la justicia de Cristo, el colirio del discernimiento espiritual. Si poseen esos preciosos dones, el templo del alma humana no será como un altar profanado. Hermanos y hermanas, los exhorto en el nombre de Jesucristo de Nazaret a que trabajen donde trabaja Dios. Ahora es el día de la bondadosa oportunidad y del grato privilegio. [86.1]

Obediencia y santificación

Artículo publicado en The Signs of the Times, 19 de mayo de 1890.

“Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante”. Efesios 5:2. En toda la plenitud de su divinidad, en toda la gloria de su inmaculada humanidad, Cristo se dio a sí mismo por nosotros como un sacrificio completo y gratuito, y todo el que acude a Él debería aceptarlo como si fuera el único por quien el precio ha sido pagado. Así como en Adán todos mueren, en Cristo todos serán vivificados; porque los obedientes resucitarán para inmortalidad, y los transgresores resucitarán para sufrir la muerte, la penalidad de la ley que han quebrantado. [87.1]

La obediencia a la ley de Dios es santificación. Hay muchos que tienen ideas erróneas respecto a esta obra en el alma, pero Jesús oró que sus discípulos fueran santificados por medio de la verdad, y añadió: “Tu palabra es verdad”. Juan 17:17. La santificación no es una obra instantánea sino progresiva, así como la obediencia es continua. En tanto Satanás nos apremie con sus tentaciones, tendremos que librar una y otra vez la batalla por el dominio propio; pero mediante la obediencia, la verdad santificará el alma. Los que son leales a la verdad han de superar, por medio de los méritos de Cristo, toda debilidad de carácter que los ha llevado a ser modelados por cada una de las diversas circunstancias de la vida. [87.2]

El engaño y la trampa de Satanás

Muchos han tomado la posición de que no pueden pecar porque están santificados, pero ésta es una trampa engañosa del maligno. Hay un constante peligro de caer en pecado, porque Cristo nos ha amonestado a velar y orar para que no caigamos en tentación. Si

somos conscientes de la debilidad del yo, no nos confiaremos en nosotros mismos ni seremos indiferentes al peligro, sino que sentiremos la necesidad de acudir a la Fuente de nuestra fortaleza: Jesús, nuestra justicia. Hemos de allegarnos con arrepentimiento y contrición, con una desesperada sensación de nuestra propia debilidad finita, y aprender que debemos acudir diariamente a los méritos de la sangre de Cristo, a fin de que lleguemos a ser vasos apropiados para el uso del Maestro. [87.3]

Mientras así dependemos de Dios no seremos hallados en guerra contra la verdad, sino que siempre estaremos habilitados para ponernos de parte de la justicia. Debemos aferrarnos a la enseñanza de la Biblia y no seguir las costumbres y tradiciones del mundo, los dichos y hechos de los hombres. [88.1]

Cuando surgen errores y son enseñados como verdad bíblica, los que están conectados con Cristo no confiarán en lo que dice el ministro, sino que -como los nobles bereanos- escudriñarán cada día las Escrituras para ver si estas cosas son así. Al descubrir cuál es la palabra del Señor, se pondrán de parte de la verdad. Oirán la voz del verdadero Pastor, que dice: “Este es el camino, andad en él”. De esa manera serán instruidos para hacer de la Biblia su consejero, y no oirán ni seguirán la voz de un extraño. [88.2]

Dos lecciones

Si el alma ha de ser purificada y ennoblecida, y hecha idónea para las cortes celestiales, hay dos lecciones que tienen que ser aprendidas: abnegación y dominio propio. Algunos aprenden estas importantes lecciones más fácilmente que otros, porque están formados en la sencilla disciplina que el Señor les da con dulzura y amor. Otros necesitan la lenta disciplina del sufrimiento, para que el fuego purificador pueda depurar sus corazones de orgullo y autosuficiencia, de pasión mundanal y amor propio, a fin de que pueda surgir el oro genuino del carácter y puedan llegar a ser vencedores mediante la gracia de Cristo. [88.3]

El amor de Dios fortalecerá el alma, y por la virtud de los méritos de la sangre de Cristo podemos permanecer incólumes en medio del fuego de la tentación y las pruebas; pero ninguna otra ayuda puede tener valor para salvar, sino la de Cristo, nuestra justicia,

el cual nos ha sido hecho sabiduría y santificación y redención. [89.1]

La verdadera santificación es nada más y nada menos que amar a Dios con todo el corazón, caminar en sus mandamientos y estatutos sin mácula. La santificación no es una emoción sino un principio de origen celestial que pone todas las pasiones y todos los deseos bajo el control del Espíritu de Dios; y esta obra es realizada por medio de nuestro Señor y Salvador. [89.2]

La santificación espuria no lleva a glorificar a Dios, sino que induce a quienes pretenden poseerla a exaltarse y glorificarse a sí mismos. Cualquier cosa que sobrevenga en nuestra experiencia, sea de alegría o de tristeza, que no refleje a Cristo ni lo señale como su autor, glorificándolo a Él y sumergiendo al yo hasta hacerlo desaparecer de la vista, no es una genuina experiencia cristiana. [89.3]

Cuando la gracia de Cristo se implanta en el alma mediante el Espíritu Santo, el que la posee se volverá humilde en espíritu y procurará asociarse con aquellos cuya conversación versa sobre temas celestiales. Entonces el Espíritu tomará las cosas de Cristo y nos las mostrará y glorificará, no al receptor, sino al Dador. Por lo tanto, si tú tienes la sagrada paz de Cristo en tu corazón, tus labios se llenarán de alabanza y gratitud a Dios. Tus oraciones, el cumplimiento de tu deber, tu benevolencia, tu abnegación, no serán el tema de tu pensamiento o conversación, sino que magnificarás a Aquel que se dio a sí mismo por ti cuando aún eras pecador. Dirás: “Me entrego a Jesús. He hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas”. Al alabarlo a Él, recibirás una preciosa bendición, y toda la alabanza y la gloria por lo que es hecho por medio de ti serán atribuidas a Dios. [89.4]

Ni turbulento ni ingobernable

La paz de Cristo no es un elemento turbulento e ingobernable que se manifieste en voces estentóreas y ejercicios corporales. La paz de Cristo es una paz inteligente, y no induce a quienes la poseen a llevar las señales del fanatismo y la extravagancia. No es un impulso errático sino una emanación de Dios. [90.1]

Cuando el Salvador imparte su paz al alma, el corazón está en perfecta armonía con la Palabra de Dios, porque el Espíritu y la Pa-

labra concuerdan. El Señor cumple su Palabra en todas sus relaciones con los hombres. Es su propia voluntad, su propia voz, revelada a los hombres, y El no tiene una nueva voluntad, ni una nueva verdad, aparte de su Palabra, para manifestar a sus hijos. Si tienen una maravillosa experiencia que no está en armonía con expresas instrucciones de la Palabra de Dios, bien harían en dudar de ella, porque su origen no es de lo alto. La paz de Cristo viene por medio del conocimiento de Jesús, a quien la Biblia revela. [90.2]

Si la felicidad proviene de fuentes ajenas y no del Manantial divino, será tan variable como cambiantes son las circunstancias; pero la paz de Cristo es una paz constante y permanente. No depende de circunstancia alguna de la vida, ni de la cantidad de bienes mundanales, ni del número de amigos terrenales. Cristo es la fuente de aguas vivas, y la felicidad y la paz que provienen de Él nunca faltarán, porque El es un manantial de vida. Los que confían en El pueden decir: “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar; aunque bramen y se turben sus aguas, y tiemblen los montes a causa de su braveza. Del río sus corrientes alegran la ciudad de Dios, el santuario de las moradas del Altísimo”. Salmos 46:1-4. [90.3]

Tenemos motivo de incesante gratitud a Dios porque Cristo, por su perfecta obediencia, reconquistó el cielo que Adán perdió por su desobediencia. Adán pecó, y los descendientes de Adán comparten su culpa y las consecuencias; pero Jesús cargó con la culpa de Adán, y todos los descendientes de Adán que se refugien en Cristo, el segundo Adán, pueden escapar de la penalidad de la transgresión. Jesús reconquistó el cielo para el hombre soportando la prueba que Adán no pudo resistir; porque El obedeció la ley a la perfección, y todos los que tengan una concepción correcta del plan de redención comprenderán que no pueden ser salvos mientras estén transgrediendo los sagrados preceptos de Dios. Deben dejar de transgredir la ley y deben aferrarse a las promesas de Dios que están a nuestra disposición por medio de los méritos de Cristo. [91.1]

No hay que confiar en los hombres

Nuestra fe no debe apoyarse en la capacidad de los hombres sino en el poder de Dios. Es peligroso confiar en los hombres, aun cuando puedan haber sido usados como instrumentos de Dios para realizar una obra grande y buena. Cristo debe ser nuestra fortaleza y nuestro refugio. Los mejores hombres pueden desviarse de su rectitud, y la mejor religión, cuando se corrompe, es siempre la más peligrosa en su influencia sobre las mentes. La religión pura y viva consiste en la obediencia a toda palabra que sale de la boca de Dios. La justicia exalta a una nación, y la falta de ella degrada y corrompe al hombre. [91.2]

“Crean, tan sólo crean”

Hoy en día se pronuncian desde los púlpitos las siguientes palabras: “Crean, tan sólo crean. Tengan fe en Cristo; no tienen nada que hacer con la antigua ley; tan sólo confíen en Cristo”. ¡Cuán diferentes son estas palabras de las del apóstol que declara que la fe sin obras es muerta! El dice: “Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos”. Santiago 1:22. Debemos poseer la fe que obra por amor y purifica el alma. Muchos procuran sustituir una fe superficial con una vida recta y piensan que por medio de esto obtendrán la salvación. [92.1]

El Señor requiere en la actualidad exactamente lo que requirió de Adán en el Edén: la perfecta obediencia a la ley de Dios. Debemos poseer una rectitud sin ningún defecto, sin tacha alguna. Dios dio a su Hijo para que muriera por el mundo, pero El no murió para abrogar la ley que era santa y justa y buena. El sacrificio de Cristo en el Calvario es un argumento incontestable que muestra la inmutabilidad de la ley. Su penalidad fue sufrida por el Hijo de Dios en favor del hombre culpable, para que mediante los méritos de Aquel, el pecador pudiera por la fe en su nombre obtener la virtud de su carácter inmaculado. [92.2]

Se le dio al pecador una segunda oportunidad de guardar la ley de Dios mediante la fortaleza de su divino Redentor. La cruz del Calvario condena para siempre la idea que Satanás ha colocado delante del mundo cristiano -que la muerte de Cristo abolió no solamente el sistema típico de sacrificios y ceremonias sino también la

inmutable ley de Dios, el fundamento de su trono, la transcripción de su carácter. [93.1]

Por medio de todos los artificios posibles Satanás ha procurado invalidar la eficacia del sacrificio del Hijo de Dios, hacer que su expiación sea inútil y su misión un fracaso. Ha sostenido que la muerte de Cristo hizo innecesaria la obediencia a la ley y permitió que el pecador obtuviera, sin abandonar el pecado, el favor de un Dios santo. Ha declarado que la norma del Antiguo Testamento fue rebajada en el Evangelio y que los hombres pueden acudir a Cristo, no para ser salvados de sus pecados sino en sus pecados. [93.2]

Pero cuando Juan vio a Jesús, anunció su misión diciendo: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. Juan 1:29. Para toda alma arrepentida, el mensaje es: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”. Isaías 1:18. [93.3]

Como apropiarse de la justicia de Cristo

Artículo general publicado en la The Review and Herald, 1 de julio de 1890, bajo el título “La debilidad espiritual es inexcusable”. Una parte fue publicada en Mensajes Selectos 1:426, 427.

Los que creen plenamente en la justicia de Cristo, y lo contemplan con una fe viva, conocen al Espíritu de Cristo y son conocidos por Cristo. La fe sencilla capacita al creyente a considerarse verdaderamente muerto al pecado, pero vivo para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. Por gracia somos salvos por medio de nuestra fe; y esto no de nosotros, pues es don de Dios. Si tratáramos de exponer estas preciosas promesas a los sabios según el mundo, ellos no harían sino ridiculizarnos; porque “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”. 1 Corintios 2:14. [94.1]

Cuando Jesús estaba por ascender al cielo, dijo a sus discípulos: “Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros”. Juan 14:16, 17. Dijo además: “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él”. Vers. 21. [94.2]

Hay muchos que encuentran satisfacción en identificarse con falsas doctrinas, para que no haya perturbación o diferencia entre ellos y el mundo; pero los hijos de Dios deben dar testimonio de la verdad, no sólo por medio de la pluma y la voz sino mediante el

espíritu y el carácter. Nuestro Salvador declara que el mundo no puede recibir el espíritu de verdad. Ellos no pueden discernir la verdad, porque no disciernen a Cristo, el Autor de la verdad. Discípulos tibios, profesores insensibles, que no están imbuidos del Espíritu de Cristo, no son capaces de discernir la preciosidad de su justicia, sino que procuran establecer su propia justicia. [94.3]

El mundo busca las cosas del mundo: negocios, honor mundanal, ostentación, gratificación egoísta. Cristo trata de romper este hechizo que mantiene a los hombres alejados de Él. Trata de llamar la atención de los hombres al mundo venidero, que Satanás se las ha ingeniado para eclipsar con su propia sombra. Cristo pone el mundo eterno al alcance de la vista de los hombres, presenta sus atractivos delante de ellos, les dice que ha de preparar mansiones para ellos, y que vendrá otra vez y los tomará a sí mismo. Es el propósito de Satanás llenar de tal manera la mente con amor desordenado por las cosas sensuales que el amor de Dios y el anhelo del cielo sean expulsados del corazón... [95.1]

Llamados a ser mayordomos fieles

Dios llama a quienes ha confiado sus bienes a desempeñarse como mayordomos fieles. El Señor desearía que todas las cosas de interés temporal ocupasen un lugar secundario en nuestro corazón y nuestros pensamientos; pero Satanás quiere que los asuntos terrenales tomen el primer lugar en nuestras vidas. El Señor quisiera que aprobáramos las cosas que son excelentes. El nos muestra el conflicto en el cual tenemos que participar, revela el carácter y el plan de la redención. Expone delante de ustedes los peligros que enfrentarán, el renunciamiento que se requerirá, y los insta a medir el costo, asegurándoles que si se comprometen celosamente en el conflicto, el poder divino se combinará con el esfuerzo humano. [95.2]

La lucha del cristiano no es una lucha contra carne y sangre, sino contra principados, contra potestades, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. El cristiano tiene que lidiar con fuerzas sobrenaturales, pero no es dejado solo para enfrentar el conflicto. El Salvador es el capitán de su salvación, y con El puede el hombre ser más que vencedor. [96.1]

El Redentor del mundo no quiere que el hombre ignore los ardidés de Satanás. La vasta confederación del mal está alineada en contra de los que podrían vencer; pero Cristo quiere que dirijamos la mirada hacia las cosas que no se ven, a los ejércitos del cielo que acampan alrededor de los que aman a Dios, para librarlos. Los ángeles del cielo están interesados en el hombre. El poder de la Omnipotencia está al servicio de los que confían en Dios. El Padre acepta la justicia de Cristo en favor de sus seguidores, y éstos están rodeados con la luz y la santidad que Satanás no puede penetrar. La voz del Capitán de nuestra salvación habla a sus seguidores, diciendo: “‘Confiad, yo he vencido al mundo’. Yo soy vuestro amparo; avanzad hacia la victoria”. [96.2]

La cruz del Calvario

Mediante Cristo, se dan al hombre tanto restauración como reconciliación. El abismo abierto por el pecado ha sido salvado por la cruz del Calvario. Un rescate pleno y completo ha sido pagado por Jesús en virtud del cual el pecador es perdonado y es mantenida la justicia de la ley. Todos los que creen que Cristo es el sacrificio expiatorio pueden ir y recibir el perdón de sus pecados, pues mediante los méritos de Cristo se ha abierto la comunicación entre Dios y el hombre. Dios puede aceptarme como su hijo y yo puedo tener derecho a Él y puedo regocijarme en Él como en mi Padre amante. [96.3]

Debemos centralizar nuestras esperanzas del cielo únicamente en Cristo, pues El es nuestro Sustituto y Garante. Hemos transgredido la ley de Dios, y por las obras de la ley ninguna carne será justificada. Los mejores esfuerzos que pueda hacer el hombre con su propio poder son inútiles para responder ante la ley santa y justa que ha transgredido, pero mediante la fe en Cristo puede demandar la justicia del Hijo de Dios como plenamente suficiente. Cristo satisfizo las demandas de la ley en su naturaleza humana. Llevó la maldición de la ley en lugar del pecador, hizo expiación por él, a fin de que “todo aquel que en El cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. La fe genuina se apropia de la justicia de Cristo y el pecador es hecho vencedor con Cristo, pues se lo hace participante de la naturaleza divina, y así se combinan la divinidad y la humanidad. [97.1]

El que está intentando alcanzar el cielo por sus propias obras al guardar la ley, está intentando un imposible. El hombre no puede ser salvado sin la obediencia, pero sus obras no deben ser propias. Cristo debe efectuar en él tanto el querer como el hacer la buena voluntad de Dios. Si el hombre pudiera salvarse por sus propias obras, podría tener algo en sí mismo por lo cual regocijarse. El esfuerzo que el hombre pueda hacer con su propia fuerza para obtener la salvación está representado por la ofrenda de Caín. Todo lo que el hombre pueda hacer sin Cristo está contaminado con egoísmo y pecado, pero lo que se efectúa mediante la fe es aceptable ante Dios. El alma hace progresos cuando procuramos ganar el cielo mediante los méritos de Cristo. “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de nuestra fe”, podemos proseguir de fortaleza en fortaleza, de victoria en victoria, pues mediante Cristo la gracia de Dios ha obrado nuestra completa salvación. * [97.2]

La fe y las obras van de la mano

Artículo publicado en The Signs of the Times, 21 de julio de 1890, bajo el título “¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?”

Jesús murió para salvar a su pueblo de sus pecados, y la redención en Cristo significa cesar de transgredir la ley de Dios y liberarse de todo pecado; ningún corazón que está agitado de enemistad contra la ley de Dios está en armonía con Cristo, quien sufrió en el Calvario para vindicar y exaltar la ley delante del universo. [98.1]

Los que hacen osadas pretensiones de santidad demuestran, por esto mismo, que no se ven a la luz de la ley; no están espiritualmente esclarecidos, y no aborrecen todo género de egoísmo y orgullo. De sus labios contaminados por el pecado fluyen las contradictorias declaraciones: “Soy santo, soy impecable. Jesús me enseña que si guardo la ley estoy destituido de la gracia. La ley es un yugo de esclavitud”. El Señor dice: “Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que su potencia sea en el árbol de la vida, y que entren por las puertas de la ciudad”. Deberíamos estudiar cuidadosamente la Palabra de Dios a fin de que podamos tomar decisiones correctas, y actuar consecuentemente; porque entonces obedeceremos la Palabra y estaremos en armonía con la santa ley de Dios. [98.2]

No somos salvados por la ley, ni en desobediencia

Si bien debemos estar en armonía con la ley de Dios, no somos salvados por las obras de la ley; sin embargo, no podemos ser salvados sin obediencia. La ley es la norma por la cual se mide el carácter. Pero no nos es posible guardar los mandamientos de Dios sin la gracia regeneradora de Cristo. Sólo Jesús puede limpiarnos

de todo pecado. El no nos salva mediante la ley, pero tampoco nos salvará en desobediencia a la ley. [98.3]

Nuestro amor a Cristo será proporcional a la profundidad de nuestra convicción de pecado, y por medio de la ley es el conocimiento del pecado. Pero, cuando nos observamos a nosotros mismos, fijemos la mirada en Jesús, quien se dio a sí mismo por nosotros a fin de redimirnos de toda iniquidad. Mediante la fe apropiémonos de los méritos de Cristo, y la sangre purificadora del alma será aplicada. Cuanto más claramente vemos los males y los peligros a los cuales hemos estado expuestos, más agradecidos hemos de estar por la liberación mediante Cristo. El Evangelio de Cristo no da a los hombres licencia para transgredir la ley, porque fue a causa de la transgresión que las compuertas del infortunio se abrieron sobre nuestro mundo. [99.1]

El pecado es tan maligno hoy como lo era en los días de Adán. El Evangelio no promete el favor de Dios para nadie que quebrante impenitentemente su ley. La depravación del corazón humano, la culpabilidad de la transgresión, la ruindad del pecado, todo es puesto de manifiesto por medio de la cruz donde Cristo ha aparejado para nosotros una vía de escape. [99.2]

Una doctrina llena de engaño

La justificación propia es el peligro de esta era; separa al alma de Cristo. Los que confían en su propia justicia no pueden entender cómo la salvación viene por medio de Cristo. Al pecado llaman justicia, y a la justicia, pecado. No perciben la malignidad de la transgresión, ni comprenden el terror de la ley; porque no respetan la norma moral de Dios. La razón por la cual hay tantas conversiones espurias en estos días es porque hay una estimación muy baja de la ley de Dios. En lugar de la norma divina de justicia, los hombres han erigido un patrón de su propia hechura por el cual miden el carácter. Ven a través de un vidrio, oscuramente, y presentan ante la gente ideas falsas acerca de la santificación, estimulando así el egotismo, el orgullo y la justificación propia. La doctrina de la santificación que muchos propugnan está llena de engaño, porque es halagadora del corazón humano; pero lo más bondadoso que se le puede predicar al pecador es la verdad de los requerimientos obli-

gatorios de la ley de Dios. La fe y las obras deben ir de la mano; porque la fe sola, sin obras, es muerta. [99.3]

La prueba de toda doctrina

El profeta declara una verdad por la cual podemos probar toda doctrina. Dice: “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido”. Isaías 8:20. Aunque el error abunda en el mundo, no hay razón para que los hombres permanezcan en el engaño. La verdad es clara, y cuando se la compara con el error, se puede discernir su carácter. Todos los súbditos de la gracia de Dios pueden comprender lo que se requiere de ellos. Mediante la fe podemos conformar nuestras vidas a la norma de justicia, porque podemos apropiarnos de la justicia de Cristo. [100.1]

El honesto buscador de la verdad encontrará en la Palabra de Dios la regla para la santificación genuina. El apóstol dice: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu... Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros”. Romanos 8:1-9. [100.2]

La experiencia de la justificación por la fe es delineada

*Parte de un artículo que apareció en la The Review and Herald, 4
de noviembre de 1890, con el título “Cristo, el Camino de la vida”.
Publicado en Mensajes Selectos 1:428-432.*

“Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio”. Marcos 1:14, 15.

El arrepentimiento está relacionado con la fe, y nos es presentado con insistencia en el Evangelio como esencial para la salvación. Pablo predicó el arrepentimiento. Dijo: “Nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas, testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe de nuestro Señor Jesucristo”. Hechos 20:20, 21. No hay salvación sin arrepentimiento. Ningún pecador impenitente puede creer con su corazón para justicia. El arrepentimiento es descrito por Pablo como un piadoso dolor por el pecado, que “produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse”. 2 Corintios 7:10. Este arrepentimiento no tiene en sí ningún mérito por naturaleza, sino que prepara al corazón para la aceptación de Cristo como el único Salvador, la única esperanza del pecador perdido. [102.1]

Cuando el pecador contempla la ley, le resulta clara su culpabilidad, y queda expuesta ante su conciencia, y es condenado. Su único consuelo y esperanza se encuentran en acudir a la cruz del Cal-

vario. Al confiar en las promesas, aceptando lo que dice Dios, recibe alivio y paz en su alma. Clama: “Señor, tú has prometido salvar al que acude a ti en el nombre de tu Hijo. Soy un alma perdida, impotente y sin esperanza. Señor, sálvame, o perezco”. Su fe se aferra a Cristo, y es justificado delante de Dios. [102.2]

Pero al paso que Dios puede ser justo y sin embargo justificar al pecador por los méritos de Cristo, nadie puede cubrir su alma con el manto de la justicia de Cristo mientras practique pecados conocidos, o descuide deberes conocidos. Dios requiere la entrega completa del corazón antes de que pueda efectuarse la justificación. Y a fin de que el hombre retenga la justificación, debe haber una obediencia continua mediante una fe activa y viviente que obre por el amor y purifique el alma. [103.1]

Santiago escribe de Abrahán y dice: “¿No fue justificado por las obras Abrahán nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras? Y se cumplió la Escritura que dice: Abrahán creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios. Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe”. Santiago 2:21-24. A fin de que el hombre sea justificado por la fe, la fe debe alcanzar un punto donde domine los afectos e impulsos del corazón; y mediante la obediencia, la fe misma es hecha perfecta. [103.2]

La fe, condición de la promesa

Sin la gracia de Cristo, el pecador está en una condición desvalida. No puede hacerse nada por él, pero mediante la gracia divina se imparte al hombre poder sobrenatural que obra en la mente, el corazón y el carácter. Mediante la comunicación de la gracia de Cristo, el pecado es discernido en su aborrecible naturaleza y finalmente expulsado del templo del alma. Mediante la gracia, somos puestos en comunión con Cristo para estar asociados con El en la obra de la salvación. La fe es la condición por la cual Dios ha visto conveniente prometer perdón a los pecadores; no porque haya virtud alguna en la fe que haga merecer la salvación, sino porque la fe puede aferrarse a los méritos de Cristo, el remedio provisto para el pecado. La fe puede presentar la perfecta obediencia de Cristo en lugar de la transgresión y la apostasía del pecador. Cuando el peca-

dor cree que Cristo es su Salvador personal, entonces, de acuerdo con la promesa infalible de Jesús, Dios le perdona su pecado y lo justifica gratuitamente. El alma arrepentida comprende que su justificación viene de Cristo que, como su Sustituto y Garante, ha muerto por ella, y es su expiación y justificación. [103.3]

“Creyó Abrahán a Dios, y le fue contado por justicia. Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia”. Romanos 4:3-5. La justicia es obediencia a la ley. La ley demanda justicia, y ante la ley, el pecador debe ser justo. Pero es incapaz de serlo. La única forma en que puede obtener la justicia es mediante la fe. Por fe puede presentar a Dios los méritos de Cristo, y el Señor coloca la obediencia de su Hijo en la cuenta del pecador. La justicia de Cristo es aceptada en lugar del fracaso del hombre, y Dios recibe, perdona y justifica al alma creyente y arrepentida, la trata como si fuera justa, y la ama como ama a su Hijo. De esta manera, la fe es contada como justicia y el alma perdonada avanza de gracia en gracia, de la luz a una luz mayor. Puede decir con regocijo: “No por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna”. Tito 3:5-7. [104.1]

También está escrito: “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios”. Juan 1:12, 13. Jesús declaró: “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”. Juan 3:3. “El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”. Juan 3:5. No se coloca delante de nosotros una norma baja, pues hemos de llegar a ser los hijos de Dios. Hemos de ser salvados individualmente y, en el día del examen y de la prueba, podremos ver la diferencia entre el que sirve a Dios y el que no le sirve. Somos salvados como creyentes individuales en el Señor Jesucristo. [105.1]

Muchos se extravían porque piensan que deben trepar hasta el cielo, que deben hacer algo para merecer el favor de Dios. Procuran

mejorar mediante sus propios esfuerzos, sin ayuda. Esto nunca lo pueden realizar. Cristo ha abierto el camino al morir como nuestro sacrificio, al vivir como nuestro ejemplo, al llegar a ser nuestro gran Sumo Sacerdote. El declara: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida”. Juan 14:6. Si mediante algún esfuerzo propio pudiéramos avanzar un paso hacia la escalera, las palabras de Cristo no serían verdaderas. Pero cuando aceptemos a Cristo, aparecerán las buenas obras como fructífera evidencia de que estamos en el camino de la vida, de que Cristo es nuestro camino y de que estamos recorriendo el verdadero sendero que conduce al cielo. [105.2]

El llega a ser nuestra justicia

Cristo mira el espíritu, y cuando nos ve llevando nuestra carga con fe, su perfecta santidad hace expiación de nuestras faltas. Cuando hacemos lo mejor que podemos, El llega a ser nuestra justicia. Se necesita de cada rayo de luz que Dios nos envía, para convertirnos en la luz del mundo.—Carta 33, 1889. [106.1]

Esto es justificación por la fe

Parte del Manuscrito 21, 1891, 27 de febrero de 1891. Publicado en el Comentario Bíblico Adventista 6:1070, 1071.

Cuando el pecador penitente, contrito delante de Dios, comprende el sacrificio de Cristo en su favor y acepta este sacrificio como su única esperanza en esta vida y en la vida futura, sus pecados son perdonados. Esto es justificación por la fe. Cada alma creyente debe conformar enteramente su voluntad a la voluntad de Dios y mantenerse en un estado de arrepentimiento y contrición, ejerciendo fe en los méritos expiatorios del Redentor y avanzando de fortaleza en fortaleza, de gloria en gloria. [107.1]

El perdón y la justificación son una y la misma cosa. Mediante la fe, el creyente pasa de la posición de un rebelde, un hijo del pecado y de Satanás, a la posición de un leal súbdito de Jesucristo, no en virtud de una bondad inherente, sino porque Cristo lo recibe como hijo suyo por adopción. El pecador recibe el perdón de sus pecados, porque estos pecados son cargados por su Sustituto y Garante. El Señor le dice a su Padre celestial: “Este es mi hijo. Suspendo la sentencia de condenación de muerte que pesa sobre él, dándole mi póliza de seguro de vida -vida eterna- en virtud de que yo he tomado su lugar y he sufrido por sus pecados. Ciertamente, él es mi hijo amado”. De esa manera el hombre, perdonado y cubierto con las hermosas vestiduras de la justicia de Cristo, comparece sin tacha delante de Dios. [107.2]

El pecador puede errar, pero no es desechado sin misericordia. Su única esperanza, sin embargo, es el arrepentimiento para con Dios y la fe en el Señor Jesucristo. Es prerrogativa del Padre perdonar nuestras transgresiones y nuestros pecados, porque Cristo ha tomado sobre sí nuestra culpa y ha suspendido la sentencia que

pendía sobre nosotros, imputándonos su propia justicia. Su sacrificio satisface plenamente los requerimientos de justicia. [108.1]

La justificación es lo opuesto a la condenación. La ilimitada misericordia de Dios se ejerce sobre los que son totalmente indignos. El perdona transgresiones y pecados por amor a Jesús, quien se ha convertido en la propiciación por nuestros pecados. Mediante la fe en Cristo, el transgresor culpable entra en el favor de Dios y en la firme esperanza de la vida eterna. [108.2]

Aceptados en Cristo

Artículo publicado en The Signs of the Times, 4 de julio de 1892.

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Juan 3:16. Este mensaje es para el mundo, pues “todo aquel” significa que cualquiera y todos los que cumplan con la condición pueden compartir la bendición. Todos los que contemplen a Jesús, creyendo en Él como su Salvador personal, no se perderán, mas tendrán vida eterna. Se ha hecho completa provisión para que nosotros podamos tener el galardón eterno. [109.1]

Cristo es nuestro sacrificio, nuestro sustituto, nuestro garante, nuestro divino intercesor; El nos ha sido hecho justificación, santificación y redención. “Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios”. Hebreos 9:24. [109.2]

La intercesión de Cristo en nuestro favor consiste en presentar sus méritos divinos en ofrenda de sí mismo al Padre como nuestro sustituto y garante; porque El ascendió al cielo para hacer expiación por nuestras transgresiones. “Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”. 1 Juan 2:1, 2. “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados”. 1 Juan 4:10. “Puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos”. Hebreos 7:25. [109.3]

Por estos pasajes resulta evidente que no es la voluntad de Dios que seas caviloso y tortures tu alma con el temor de que Dios no te

aceptará porque eres pecador e indigno. “Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros”. Santiago 4:8. Presenta tu caso delante de Él, invocando los méritos de la sangre derramada por ti en la cruz del Calvario. Satanás te acusará de ser un gran pecador, y tú debes admitirlo, pero puedes decir: “Sé que soy pecador, y ésa es la razón por la cual necesito un Salvador. Jesús vino al mundo para salvar pecadores. ‘La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado’. 1 Juan 1:7. ‘Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad’. Vers. 9. No hay en mí mérito o bondad por la cual pueda reclamar la salvación, pero presento delante de Dios la sangre totalmente expiatoria del inmaculado Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es mi único ruego. El nombre de Jesús me da acceso al Padre. Su oído, su corazón, están abiertos a mi súplica más débil, y El suple mis necesidades más profundas”. [110.1]

Esto es justificación

Es la justicia de Cristo lo que hace que el pecador penitente sea aceptable ante Dios y lo que obra su justificación. No importa cuán pecaminosa haya sido su vida, si cree en Jesús como su Salvador personal, comparece delante de Dios con las vestiduras inmaculadas de la justicia imputada de Cristo. [110.2]

El pecador que tan recientemente estaba muerto en transgresiones y pecados es vivificado por la fe en Cristo. Ve, mediante la fe, que Jesús es su Salvador, y, vivo por los siglos de los siglos, puede salvar “perpetuamente a [todos] los que por él se acercan a Dios”. En la expiación realizada en su favor el pecador ve tal anchura y longitud y altura y profundidad -ve tal plenitud de salvación, comprada a un costo tan infinito- que su alma se llena de loor y gratitud. Ve como en un espejo la gloria del Señor y es transformado en la misma imagen como por el Espíritu del Señor. Ve el manto de la justicia de Cristo, tejido en el telar del cielo, forjado por su obediencia e imputado al alma arrepentida mediante la fe en su nombre. [110.3]

Cuando el pecador percibe los incomparables encantos de Jesús, el pecado deja de parecerle atractivo; porque contempla al Señalado entre diez mil, a Aquel que es enteramente codiciable. Verifica por experiencia personal el poder del Evangelio, cuya vas-

tedad de designio es igualada únicamente por su preciosidad de propósito. [111.1]

Tenemos un Salvador viviente. No se halla en el sepulcro nuevo de José; resucitó y ascendió al cielo como Sustituto y Garante de cada alma creyente. “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Romanos 5:1. El pecador es justificado por los méritos de Jesús, y esto es el reconocimiento de Dios de la perfección del rescate pagado en favor del hombre. El hecho de que Cristo fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, es prenda de la aceptación del pecador arrepentido por parte del Padre. Entonces, ¿nos permitiremos tener una experiencia vacilante de dudar y creer, creer y dudar? Jesús es la prenda de nuestra aceptación por parte de Dios. Tenemos el favor de Dios, no porque haya mérito alguno en nosotros, sino por nuestra fe en “el Señor, nuestra justicia”. [111.2]

Jesús está en el Lugar Santísimo, para comparecer por nosotros ante la presencia de Dios. Allí, no cesa de presentar a su pueblo momento tras momento, como completo en El. Pero, por estar así representados delante del Padre, no hemos de imaginar que podemos abusar de su misericordia y volvernos descuidados, indiferentes y licenciosos. Cristo no es el ministro del pecado. Estamos completos en El, aceptados en el Amado, únicamente si permanecemos en El por fe. [111.3]

Nunca podemos alcanzar la perfección por medio de nuestras propias obras buenas. El alma que contempla a Jesús mediante la fe, repudia su propia justicia. Se ve a sí misma incompleta, y considera su arrepentimiento como insuficiente, débil su fe más vigorosa, magro su sacrificio más costoso; y se abate con humildad al pie de la cruz. Pero una voz le habla desde los oráculos de la Palabra de Dios. Con asombro escucha el mensaje: “Vosotros estáis completos en él”. Ahora todo está en paz en su alma. Ya no tiene que luchar más para encontrar algún mérito en sí mismo, algún acto meritorio por medio del cual ganar el favor de Dios. [112.1]

Una verdad difícil de entender

Al contemplar al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo, halla la paz de Cristo; porque el perdón está escrito junto a su

nombre, y él acepta la Palabra de Dios: “Vosotros estáis completos en él”. Colosenses 2:10. ¡Cuán difícil es para la humanidad, por largo tiempo acostumbrada a acariciar dudas, entender esta gran verdad! Pero ¡qué paz trae al alma, qué energía vital! Al mirarnos a nosotros mismos en busca de justicia por medio de la cual hallar aceptación ante Dios, miramos en la dirección equivocada, “por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”. Romanos 3:23. Debemos mirar a Jesús; porque “nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen” [112.2]

(2 Corintios 3:18). Ustedes han de hallar su plenitud contemplando al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. [113]

Al comparecer delante de la quebrantada ley de Dios, el pecador no puede purificarse a sí mismo; pero, creyendo en Cristo, es el objeto de su amor infinito y es revestido con su inmaculada justicia. En favor de los que creen en Cristo, Jesús oró: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad... para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno”. Juan 17:17-22. “Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos” (versículos 25, 26). [113.1]

¿Quién puede comprender la naturaleza de esa justicia que restaura al pecador creyente, presentándolo ante Dios sin mancha ni arruga ni cosa semejante? Tenemos de Dios la palabra empeñada de que Cristo nos ha sido hecho justificación, santificación y redención. Dios nos conceda que podamos confiar en su palabra con confianza implícita, y disfrutemos su más rica bendición. “Pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios”. Juan 16:27. [113.2]

Consejo a un destacado ministro acerca de la presentación de la relación entre la fe y las obras

Parte de una carta dirigida a A. T. Jones el 9 de abril de 1893, archivada como Carta 44, 1893. Publicada en Mensajes Selectos 1:442-445.

Estaba asistiendo a una reunión, y se hallaba presente una gran congregación. En mi sueño, Ud. disertaba sobre el tema de la fe y la justicia imputada de Cristo por la fe. Ud. repitió varias veces que las obras no significan nada, que no hay condiciones. El asunto fue presentado de tal forma que me di cuenta de que las mentes serían confundidas y no recibirían la impresión correcta en cuanto a la fe y las obras, y decidí escribirle. Ud. presentó este asunto demasiado fuertemente. Hay condiciones para que recibamos la justificación, la santificación y la justicia de Cristo. Sé lo que Ud. quiere decir, pero Ud. deja una impresión equivocada en muchas mentes. Si bien es cierto que las buenas obras no salvarán ni a una sola alma, sin embargo es imposible que una sola alma sea salvada sin buenas obras. Dios nos salva bajo la condición de que pidamos si queremos recibir, busquemos si queremos encontrar y llamemos si queremos que se nos abra la puerta. [114.1]

Cristo se ofrece a sí mismo como dispuesto a salvar eternamente a todo aquel que acuda a Él. Invita a todos a que se acerquen a Él. “Al que a mí viene, no le echo fuera”. Juan 6:37. Ud. enfoca es-

tos temas como yo lo hago, y sin embargo, por causa de sus expresiones, hace que estos temas resulten confusos para las mentes. Y después de que Ud. se ha expresado radicalmente en cuanto a las obras, cuando se le hacen preguntas acerca de este mismo tema, en su propia mente el tema no está muy claramente definido, por lo cual Ud. no puede definirles los principios correctos a otras mentes. Y Ud. mismo es incapaz de hacer que sus declaraciones armonicen con sus propios principios y su fe. [114.2]

Un joven fue a Jesús con la pregunta: “Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?” (Marcos 10:17). Y Cristo le dijo: “¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos”. Él le dijo a Jesús: “¿Cuáles?” Jesús le citó varios y el joven le dijo: “Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta?” Jesús le dijo: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme”. Aquí hay condiciones, y la Biblia está llena de condiciones. “Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones” (Mateo 19:17, 20, 21, 22). [115.1]

Puntos en los que hay que tener cuidado

Entonces, cuando Ud. dice que no hay condiciones y presenta algunas expresiones en forma muy general, deja perplejas a las mentes y algunos no pueden ver consistencia en sus expresiones. No pueden ver cómo les es posible armonizar esas expresiones con las claras declaraciones de la Palabra de Dios. Por favor, tenga cuidado con esos puntos. Los vigorosos asertos en cuanto a las obras nunca fortalecen nuestra posición. Esas expresiones debilitan nuestra posición, pues hay muchos que lo considerarán a Ud. como extremista, y perderán las ricas lecciones que Ud. tiene para ellos precisamente sobre los temas que necesitan conocer... Hermano mío, es difícil que la mente comprenda este punto; no confunda a otra mente con ideas que no armonizan con la Palabra. Sírvase tener en cuenta que bajo la enseñanza de Cristo, muchos de los discípulos eran lamentablemente ignorantes, pero cuando vino sobre ellos el Espíritu Santo que Jesús prometió e hizo del vacilante Pedro el defensor de la fe, ¡qué transformación se produjo en su carácter! Pero, con presentaciones o expresiones demasiado elabo-

radas, no coloque un guijarro en el que pueda tropezar un alma que es débil en la fe. Sea siempre consistente, sereno, profundo y sólido. No vaya a extremos en ninguna cosa, sino mantenga sus pies sobre la sólida roca. ¡Oh preciosísimo Salvador! “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él” (Juan 14:21). [115.2]

Esta es la prueba verdadera: ser hacedores de las palabras de Cristo. Y ésta es la evidencia del amor que el instrumento humano tiene por Jesús. El que hace la voluntad de Jesús, da al mundo la evidencia práctica del fruto que manifiesta en obediencia, en pureza y en santidad de carácter... [116.1]

Hermano mío, camine cuidadosamente con Dios. Sin embargo, recuerde que hay algunos cuyos ojos están intensamente pendientes de Ud., esperando que Ud. vaya demasiado lejos, que tropiece y caiga. Pero si se mantiene humildemente cerca de Jesús, todo saldrá bien... [116.2]

No hay un momento en la escuela de Cristo donde nos gradueemos. Hemos de proceder de acuerdo con el plan de la adición, y el Señor procederá de acuerdo con el plan de la multiplicación. Por la gracia de Cristo, mediante constante diligencia viviremos de acuerdo con el plan de la adición, haciendo firme nuestra vocación y elección... “Porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 1:10, 11). [116.3]

El hombre puede ser tan puro en su esfera como Dios lo es en la suya

*Parte del artículo “Se purifica a sí mismo”, publicado en The Signs
of the Times, 20 de junio de 1895.*

“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”. 1 Juan 3:2. La herencia del pueblo de Dios se discierne por medio de la fe en la Palabra de Dios. “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”. Juan 17:3. [118.1]

Mediante la fe los hijos de Dios obtienen un conocimiento de Cristo y acarician la esperanza de su aparición para juzgar al mundo con justicia, hasta que llega a ser una gloriosa expectación; porque entonces le verán tal como El es, y serán hechos semejantes a Él, y estarán siempre con el Señor. Los santos que duermen en sus tumbas serán entonces resucitados para recibir una gloriosa inmortalidad. Cuando llegue el día de la liberación, “entonces os volveréis, y discerniréis la diferencia... entre el que sirve a Dios y el que no le sirve”. Cuando Cristo venga, será para ser admirado por todos los que creyeron, y los reinos de este mundo han de ser los reinos de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. [118.2]

Los que están esperando la manifestación de Cristo en las nubes del cielo con poder y gran gloria, como Rey de reyes y Señor de señores, mediante su vida y carácter procurarán representarlo ante

el mundo. “Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro”. [118.3]

1 Juan 3:3. Aborrecerán el pecado y la iniquidad, así como Cristo aborreció el pecado. Guardarán los mandamientos de Dios, como Cristo guardó los mandamientos de su Padre. Comprenderán que no es suficiente asentir a las doctrinas de la verdad, sino que la verdad debe ser aplicada en el corazón y practicada en la vida, a fin de que los seguidores de Cristo puedan ser uno con Él, y que los hombres puedan ser tan puros en su esfera como Dios lo es en la suya. [119]

No solamente oidores, sino hacedores

En cada generación ha habido hombres que se han titulado hijos de Dios, que diezmaban la menta y el eneldo y el comino, y sin embargo llevaban una vida impía, porque pasaban por alto las cosas más importantes de la ley: la misericordia, la justicia y el amor de Dios. [119.1]

Muchos se hallan hoy en un engaño similar; porque mientras aparentan una gran santidad, no son hacedores de la Palabra de Dios. ¿Qué puede hacerse para abrir los ojos de estas almas que se engañan a sí mismas, excepto establecer delante de ellas un ejemplo de piedad verdadera, y nosotros mismos ser no solamente oidores sino hacedores de los mandamientos del Señor, reflejando así en su camino la luz de un carácter puro? [119.2]

No como los mundanos

Los hijos de Dios no serán como los mundanos; porque la verdad recibida en el corazón será el medio de purificar el alma y de transformar el carácter y de hacer que su receptor tenga el mismo parecer que Dios. A menos que el hombre llegue a tener el mismo parecer que Dios, se halla aún en su depravación natural. [119.3]

Si Cristo está en el corazón, se echará de ver en el hogar, en el taller, en el mercado, en la iglesia. El poder de la verdad se manifestará elevando y ennobleciendo la mente, enterneciendo y subyugando el corazón, poniendo al hombre entero en armonía con Dios. El que es transformado por la verdad esparcirá una luz en el mundo. El que tiene la esperanza de Cristo se purificará a sí mismo, así

como El es puro. La esperanza de la aparición de Cristo es una gran esperanza, una esperanza de largo alcance. Es la esperanza de ver al Rey en su hermosura y de ser hechos semejantes a Él. [120.1]

Cuando venga Cristo, la tierra temblará delante de Él, y los cielos se enrollarán como un pergamino, y todo monte y toda isla se removerá de su lugar. “Vendrá nuestro Dios, y no callará; fuego consumirá delante de él, y tempestad poderosa le rodeará. Convocará a los cielos de arriba, y a la tierra, para juzgar a su pueblo. Juntadme mis santos, los que hicieron conmigo pacto con sacrificio. Y los cielos declararán su justicia, porque Dios es el juez”. Salmo 50:3-6. En vista del gran día de Dios, podemos ver que nuestra única seguridad se hallará en apartarse de todo pecado e iniquidad. Los que continúan en el pecado se encontrarán entre los que son condenados y perecen. [120.2]

El destino de los transgresores

Juan vio el destino de los que escogen el sendero de la transgresión: “Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie? Apocalipsis 6:15-17. [120.3]

Un destino terrible aguarda al pecador, y por lo tanto es necesario que sepamos qué es el pecado, a fin de que podamos escapar de su poder. Juan dice: “Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley”. 1 Juan 3:4. Aquí tenemos la verdadera definición de pecado; es “infracción de la ley”. Cuán a menudo el pecador es instado a abandonar sus pecados y acudir a Jesús; pero, el mensajero que debería conducirlo a Cristo ¿le ha señalado claramente el camino? ¿Le ha señalado claramente el hecho de que “el pecado es infracción de la ley”, y de que debe arrepentirse y dejar de quebrantar los mandamientos de Dios? [121.1]

Dios no podía alterar una jota ni una tilde de su santa ley a fin de ir al encuentro del hombre en su condición caída; porque esto

habría producido descrédito sobre la sabiduría de Dios al hacer una ley por la cual habían de gobernarse el cielo y la tierra. Pero Dios podía dar a su Hijo unigénito para que llegara a ser el Sustituto y Garante del hombre, para que sufriera la penalidad que merecía el transgresor y para que impartiera al alma penitente su perfecta justicia. Cristo vino a ser el sacrificio inmaculado en favor de una raza caída, convirtiendo a los hombres en prisioneros de esperanza, de manera que, mediante el arrepentimiento ante Dios por haber quebrantado su santa ley, y por medio de la fe en Cristo como su Sustituto, Garante y Justicia, pudieran ser traídos de vuelta a la lealtad a Dios y a la obediencia a su santa ley. [121.2]

La justicia de Cristo hace posible la obediencia

Era imposible que el pecador guardara la ley de Dios, que era santa, justa y buena; pero esta imposibilidad fue eliminada por la imputación de la justicia de Cristo al alma arrepentida y creyente. La vida y muerte de Cristo en beneficio del hombre pecador tuvieron el propósito de restaurarlo al favor de Dios, impartándole la justicia que satisfaría los requerimientos de la ley y hallaría aceptación ante el Padre. [121.3]

Pero siempre es el propósito de Satanás invalidar la ley de Dios y tergiversar el verdadero significado del plan de salvación. En consecuencia, ha originado la falsedad de que el sacrificio de Cristo en la cruz del Calvario tenía el propósito de liberar a los hombres de la obligación de guardar los mandamientos de Dios. Ha introducido en el mundo el engaño de que Dios ha abolido su constitución, desechado su norma moral, y anulado su ley santa y perfecta. Si El hubiera hecho esto, ¡qué terrible precio habría pagado el Cielo! En vez de proclamar la abolición de la ley, la cruz del Calvario proclama con sonido de trueno su inmutabilidad y carácter eterno. Si la ley hubiera podido ser abolida, y mantenido el gobierno del cielo y la tierra y los innumerables mundos de Dios, Cristo no habría necesitado morir. La muerte de Cristo iba a resolver para siempre el interrogante acerca de la validez de la ley de Jehová. Habiendo sufrido la completa penalidad por un mundo culpable, Jesús se constituyó en el Mediador entre Dios y el hombre, a fin de restaurar para el alma penitente el favor de Dios al proporcionarle la gracia de guardar la ley del Altísimo. Cristo no vino a abrogar la ley o los pro-

fetas, sino a cumplirlos hasta en la última letra. La expiación del Calvario vindicó la ley de Dios como santa, justa y verdadera, no solamente ante el mundo caído sino también ante el cielo y ante los mundos no caídos. Cristo vino a magnificar la ley y engrandecerla.
[122.1]

Las opiniones y prácticas deben ajustarse a la palabra de Dios

*Parte de un artículo publicado en la The Review and Herald, 25 de
marzo de 1902.*

Hay muchos que afirman que han sido santificados a Dios, y sin embargo, cuando se presenta ante ellos la gran norma de santidad, se excitan grandemente y manifiestan un espíritu que demuestra que nada saben de lo que significa ser santo. No tienen la mente de Cristo; porque quienes están verdaderamente santificados han de reverenciar y obedecer la Palabra de Dios tan pronto como es abierta delante de ellos, y expresarán un vehemente deseo de saber qué es la verdad en cada punto de doctrina. Un sentimiento de gran regocijo no es evidencia de santificación. La afirmación “Soy salvo, soy salvo”, no prueba que el alma esté salva o santificada. [123.1]

A muchos que están grandemente excitados se les dice que están santificados, cuando los tales no tienen una idea inteligente de lo que significa el término, porque no conocen las Escrituras ni el poder de Dios. Se halagan a sí mismos creyendo que están en conformidad con la voluntad de Dios porque se sienten contentos; pero cuando son probados, cuando se presenta la Palabra de Dios para cotejarla con su experiencia, cierran sus oídos a la verdad, diciendo: “Estoy santificado”, y eso pone fin al debate. No querrán escudriñar las Escrituras para saber qué es verdad y comprobar que se han engañado terriblemente a sí mismos. La santificación significa muchísimo más que un arranque de sentimiento. [123.2]

Excitación no es santificación. Únicamente la completa conformidad con la voluntad de nuestro Padre que está en el cielo es santificación, y la voluntad de Dios está expresada en su santa ley. La observancia de todos los mandamientos de Dios es santificación. Evidenciar que somos hijos obedientes a la Palabra de Dios es santificación. La Palabra de Dios debe ser nuestra guía, no las opiniones o ideas humanas. Los que han de ser verdaderamente santificados, escudriñen la Palabra de Dios con paciencia, con oración, y con humildad y contrición de alma. Recuerden que Jesús oró: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad”. Juan 17:17. [124.1]

Vivir de toda palabra de Dios

El cristianismo es simplemente vivir de toda palabra que sale de la boca de Dios. Debemos creer en Cristo, y vivir en Cristo, quien es el camino, y la verdad, y la vida. Tenemos fe en Dios cuando creemos en su Palabra; confiamos en Dios y lo obedecemos cuando guardamos sus mandamientos; y amamos a Dios cuando amamos su ley. [124.2]

Crear una mentira no pondrá a ninguno de nosotros en el camino de ser santificado. Si todos los ministros del mundo nos dijeran que estamos a salvo aunque desobedezcamos algún precepto de la sagrada norma de santidad, eso no disminuiría nuestras obligaciones ni haría menor nuestra culpa, si rechazamos un claro “Harás” o “No harás”. No necesitamos pensar que porque nuestros padres obraron de un cierto modo y murieron felices, nosotros podemos seguir sus pasos y ser aceptados al rendir el mismo servicio y hacer las mismas obras que ellos realizaron. [124.3]

Nosotros tenemos más luz que la que ellos tuvieron en sus días; y si hemos de ser aceptados por Dios, debemos ser fieles en obedecer la luz y caminar en ella como lo fueron ellos al recibir y obedecer la luz que Dios les envió. Debemos aceptar y perfeccionar la luz que brilla en nuestro sendero tan fielmente como ellos aceptaron y perfeccionaron la luz que iluminó su sendero en su generación. Hemos de ser juzgados de acuerdo con la luz que brilla en el templo del alma en nuestros días; y si seguimos esa luz, seremos hombres y mujeres libres en Cristo Jesús. [124.4]